

20 años libro al viento

ENTRE

Marina Colasanti



LA ESPADA

Traducción de Beatriz Peña Trujillo

Y LA ROSA



Libro al Viento

COLECCIÓN UNIVERSAL

Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público.
Después de leerlo, permita que circule entre los demás lectores.

Este exemplar do Libro al Viento é um bem público.
Depois de lê-lo, permita que circule entre os demais leitores.

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Carlos Fernando Galán Pachón

Alcalde Mayor de Bogotá

SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

Santiago Trujillo Escobar

Secretario de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES

María Claudia Parías Durán

Directora General

Lina María Gaviria Hurtado

Subdirectora de las Artes

Sylvia Ospina Henao

Subdirectora de Equipamientos Culturales

Lina María Gaviria Hurtado

Subdirectora de Formación Artística (E)

Andrés Felipe Albarracín Rodríguez

Subdirector Administrativo y Financiero

Alejandra Soriano Wilches

Gerente de Literatura

PRIMERA EDICIÓN

Babel Libros, 2007

Los derechos de los textos, las traducciones y las imágenes de este libro pertenecen a sus autores. Sin embargo, queda prohibida cualquier reproducción (parcial o total) de esta obra en su conjunto sin consentimiento de Idartes.

© Instituto Distrital de las Artes – Idartes

© Marina Colasanti, por los textos

© Beatriz Peña Trujillo, traducción

© Beatriz Helena Robledo, presentación

Camila Cardeñosa, diseño de la colección

Bastarda Type y Camila Cardeñosa, diseño

de la tipografía Obispo

Paula Andrea Gutiérrez Roldán, diseño

y diagramación

Ana Roda, edición

© Marina Colasanti, por las ilustraciones

© Alessandra Colasanti, por la fotografía de la página 98

ISBN digital: 978-628-7686-29-8

GERENCIA DE LITERATURA IDARTES

Carrera 8 N° 15-46. Bogotá D. C.

Teléfono: (601) 379 57 50

www.idartes.gov.co

contactenos@idartes.gov.co

 @LibroAlViento  @LibroAlViento

Esta edición de *Entre la espada y la rosa* para la colección Libro al Viento fue posible gracias al generoso permiso concedido por Babel Libros, editorial que goza de los derechos de publicación y comercialización de esta obra.

ENTRE LA

ESPADA

Y LA ROSA

7
PRESENTACIÓN

15
PREFACIO

19
LA DAMA DEL ABANICO

25
EL REINO POR UN CABALLO

31
ENTRE LA ESPADA Y LA ROSA

39
CINCO CIPRESES, DOS VECES

47
RUMBO A LA ESTRELLA

53
EL CASTILLO QUE SE VA

59

UNA VOZ ENTRE LOS ARBUSTOS

69

EL HOMBRE ATENTO

75

COMO UN COLLAR

83

EN NOCHES DE LUNA LLENA

91

LA AUTORA

Libro al Viento es un programa de fomento a la lectura del
Instituto Distrital de las Artes - Idartes, entidad adscrita
a la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

PRESENTACIÓN

MARINA COLASANTI NACE EN 1937 EN ASMARA, capital de Eritrea, antigua colonia italiana en el África Oriental. Ya la historia de esta ciudad pareciera anunciar las dotes mágicas y artísticas de Marina: en 1869, después de la apertura del canal de Suez, la empresa italiana Rubattino compró la Bahía de Asaba a unos sultanes para establecer, en ese paraje como sacado de las *Mil y una noches*, un puerto que le sirviera a su flota comercial. El puerto pasó a manos del gobierno italiano y se inició así un proceso de colonización que llevó a miles de italianos a Eritrea, entre ellos a los padres de Marina.

La Segunda Guerra Mundial marcó su infancia. Sus padres regresaron a Italia durante la guerra y luego emigraron a Brasil, cuando la niña contaba con apenas 11 años. Allí estudió Artes Plásticas, especializándose en el arte del grabado. Ha sido además escritora, periodista, editora y presentadora de televisión. A la literatura infantil llegó por cosas del destino

y el azar: una compañera del Jornal de Brasil es encarcelada por la dictadura militar y ella la reemplaza. Se sienta entonces a escribir su primer cuento para niños y casi como por arte de magia le sale un cuento de hadas. Dice ella: “Y fue así, como sin querer, que me vi dentro de un universo encantado, de riqueza inconmensurable, del cual nunca más quise salir”.

La infancia de Marina se nutrió de buena literatura, y también en esto jugó su papel la guerra. Durante el encierro obligado, ella y su hermano recibieron de su padre el mejor regalo: una colección de clásicos adaptados para niños, que cambió su vida. Cuenta que hasta llegaron a inventar dos amigos imaginarios, Nino y Pía, con quienes viajaron por los vastos y misteriosos territorios literarios. “La *Iliada*, la *Odisea*, Don Quijote, Stevenson, Edgar Allan Poe —todavía recuerdo la emoción que me producían sus cuentos—. Eran muchos libros, así que mi hermano y yo pasamos un año y medio leyendo”.

Este libro que tiene el lector en sus manos, *Entre la espada y la rosa*, es un viaje por el territorio mágico de las hadas. Un libro para leer y releer, cuyos sentidos profundos se van revelando poco a poco. Marina los compara con “plantas de romero que sólo bañadas en leche —o en sangre— pueden crecer o revelar la hija que contienen”.

Entre la espada y la rosa se inserta en la antigua tradición de los cuentos maravillosos o cuentos de hadas: tiempo

indeterminado, eterno, traducido en fórmulas como: “Érase que se era”, “En aquellos tiempos remotos”, o “Había una vez”; viajes iniciáticos, pruebas, encuentros con seres del bien y del mal, castillos mágicos, los típicos personajes que cumplen diferentes funciones dentro del relato, como princesas, reyes, brujas. Sin embargo, Marina Colasanti parece convertirse ella misma en maga y trastoca deliberadamente y de manera poética todos estos elementos. Quizás la primera transgresión que uno nota es la del protagonismo femenino. Por lo general, en los cuentos de hadas los héroes son niños u hombres jóvenes. En sus historias, por el contrario, las mujeres están en el centro de la narración, y lejos de ser pasivas o sumisas, aparecen dotadas de inteligencia, ingenio, y mucha voluntad para regir su propio destino. Un ejemplo de esta transgresión es la protagonista del cuento que le da el título al libro, “Entre la espada y la rosa”, una princesa a la que su padre le busca marido con el fin de aumentar las riquezas del reino. La princesa hará todo lo que esté en sus manos para oponerse a este destino. La pregunta por el amor: ¿Cuál es la hora de casarse, si no es aquella en que el corazón dice “quiero”?, nos hace vivir esa tensión entre la imposición y la libertad. Pero quizás lo que hace más moderno este cuento de hadas es el recurso de la princesa para ahuyentar al pretendiente impuesto. Es una conexión profunda con su inconsciente lo que produce

una realidad que más parece un encantamiento y que juega de manera igualmente transgresora con los géneros.

En “Una voz entre los arbustos”, la mujer se las ingenia para enamorar al príncipe a través de su voz y su palabra, en una hermosa metáfora del silencio encarnado en una muñeca que reemplaza a la joven actriz que se ausenta de la troupe de saltimbanquis para casarse. En “La dama del abanico”, el carácter pragmático del viejo mandarín se contrapone con el sosiego de la concubina que recibe el abanico como regalo. Es un cuento muy profundo en el que la noción lenta y sensual del tiempo de la concubina es la que termina por aburrir a la dama del quimono dibujada en el abanico, pero a la vez logra liberar a las garzas que salen volando. En “Como un collar”, la fuerza interior de la princesa la hace parecer ciega, pues nunca había abierto los ojos porque no sentía necesidad: “Había visto tantas cosas bonitas detrás de sus párpados cerrados que nunca se le había ocurrido levantarlos”.

Marina sigue transgrediendo el mundo clásico de lo maravilloso, y nos presenta un caballo alimentado con monedas de oro que se va quedando con esa riqueza en su interior y es lo que garantiza el brillo de los ojos y del pelo en “El reino por un caballo”, cuento escatológico lleno de humor. O en la sabiduría encerrada en el cuento “El hombre atento”, quien “por prestar atención al mundo, había dejado de prestarse atención

a sí mismo”. O el origen mítico de las fases de la luna, a partir de un embelesamiento ante su propia belleza reflejada “allá abajo” en el agua quieta de un pozo en “Noches de luna llena”.

Son relatos poblados de imágenes poéticas que se quedan dando vueltas en el interior del lector y allí van creciendo y revelándose. En “Rumbo a las estrellas” al menor de siete hermanos se le encarga la misión de timonear la barca, teniendo siempre como guía una estrella en el cielo, tan clara como la luna. Un juego de luces y sombras regido por los cambios de la luna mueve las aguas con tal fuerza que hace gemir el armazón de la barca y, en una ráfaga de movimiento, asistimos a un final sorprendente. En “El castillo que se va”, las imágenes que logra crear Marina son de una delicadeza asombrosa. En su castillo de aire vivía el rey de la Nada. El castillo aparece y desaparece con los vaivenes del tiempo y las tempestades. “Nada lo ataba a lugar alguno, y el mundo entero era su reino”. Toda esa ligereza y esa vida apacible se ve amenazada por la presencia de un rey temible, el rey Rsaic, quien hizo todo lo posible por dominar ese último reino que se le escapaba. Marina se da el lujo de hacer explícito su juego transgresor en “Cinco cipreses dos veces”, en donde se otorga la libertad de contar y volver a contar su nueva versión: “Pero un cuento es apenas un cuento, que yo cuento” y recuento y transformo en otro cuento”.

Así, cada uno de estos diez relatos es una experiencia poética que nos lleva a ese territorio de lo maravilloso, pero enriquecido por imágenes, atmósferas, escenas poéticas tan propias del estilo de Marina Colasanti, una escritora muchas veces premiada y con una extensa obra literaria que se pasea por los diversos géneros: poesía, novelas y cuentos para lectores de todas las edades, artículos, en fin. Es un lujo para la colección de Libro al Viento y para sus lectores tener a esta escritora brasileña en su catálogo con ocasión de la 36ª Feria Internacional del libro de Bogotá, que tiene como país invitado de honor a Brasil.

Beatriz Helena Robledo

ENTRE



LA ESPADA

Marina Colasanti

Y LA ROSA

PREFACIO

LO LOGRÉ. UNA VEZ MÁS LOGRÉ ESCRIBIR UN LIBRO de cuentos de hadas. Y, terminada la tarea, pienso en el cuento italiano en que la Reina, en vez de la hija tan esperada, da a luz una pequeña planta de romero, que comienza a regar con leche. Mis cuentos de hadas son pequeñas plantas de romero, nacimientos poco comunes, muy deseados, casi de otra naturaleza, que sólo bañados con leche —o sangre— pueden crecer y revelar la hija que contienen.

Como en un embarazo, la gestación se hace al parecer sin mi consentimiento, y a mí sólo me es dado participar con las vísceras y con la escucha atenta. Pero, al contrario de un embarazo, el tiempo de maduración es imprevisible. Cada historia tiene el suyo. A veces, basta tirar de la invisible punta de un hilo para que ella fluya ordenada, casi lista, entera. Pero otras veces ese hilo se rompe en el preciso momento en que yo creía tenerlo firme, los personajes se detienen y, como en la Bella Durmiente, el tiempo de la historia se sumerge en el sueño.

Sé entonces que va a ser necesario esperar. Pero, de pura ansiedad, insisto, llamo, imploro. No vale. Cuanto más intento

inventarle un destino, tanto más ese destino me parece mecánico, trazado lejos de la emoción. Y me veo obligada a rechazarlo.

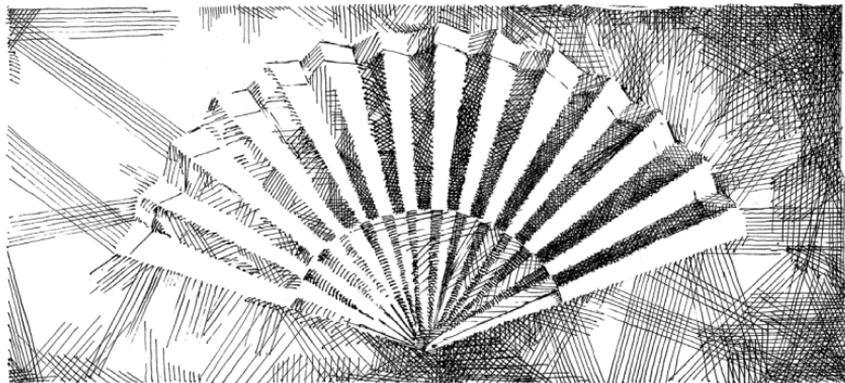
Pueden pasar años sin que el beso o la espada despierten a la Bella. Así ocurrió, por ejemplo, con el cuento “Como un collar”. Cuando la princesa que miraba sólo hacia adentro surgió, yo estaba trabajando en el libro *Doce reyes y la muchacha en el laberinto del viento*. ¡Con qué estremecimiento la recibí! Excesivo, tal vez, porque la ingrata se estancó a medio camino, y no hubo forma de convencerla de que prosiguiera. Terminé el libro sin ella. Pero habitaba en mí, así por la mitad, y me angustiaba tanto que, aquel mismo año 81, la presenté en una mesa redonda sobre procesos de creación y, nuevamente, en una conferencia para alumnos de la Universidad Federal de Río de Janeiro. Quién sabe si se habrá puesto digna.

Fue, lo sé hoy, falta de respeto con el personaje. Es probable que deba a eso su silencio de casi diez años. Pero aprendí la lección. Y ella me perdonó y volvió para este nuevo libro.

De la misma manera, hay historias que van delante de mí, que maduran cuando yo aún estoy verde. Son ellas, entonces, las que necesitan esperar. Como “Rumbo a la estrella”, cuento escrito al mismo tiempo que *Una idea toda azul*. Estaba completo, y yo no estaba segura, vacilaba. Lo dejé por fuera de aquel libro. Y él estaba allí, listo. Lo dejé por fuera del segundo. Sólo ahora lo alcancé, sólo ahora me di cuenta de que

no había nada que agregar. Y me arrepiento de la arrogancia del juicio, que se creyó más sabio que la creación.

Mis cuentos de hadas son plantas de romero. Y si por un instante les falta la leche, sus hojas se secan y se refugian en el invierno. Pero yo espero y espero, cavando la tierra, porque sé de la primavera que me inunda cuando un día, de repente, comienzan a brotar de nuevo.



LA DAMA DEL ABANICO

ÉRASE UNA DAMA DE QUIMONO QUE VIVÍA EN LA superficie plegada de un abanico de papel. No vivía sola. Posada detrás de ella, una garza clavaba una larga pata coralina en el agua de un lago. Entre tanto en la esquina izquierda, otra garza volaba.

Sin lluvia o nieve que alteraran el paisaje, sin frutos que sustituyeran las flores del duraznero, la dama y sus garzas parecían detenidas en el tiempo. Pero detenidas no estaban. El tiempo transcurría en el abanico, aunque a su manera.

Pues cada vez que su dueño, un viejo mandarín, lo cerraba con un chasquido seco, se hacía de noche entre los dobleces. La dama entonces dormía. Dormían las garzas. Y hasta los nenúfares del lago parecían reposar sus pétalos sobre el agua. Solamente el volcán, al fondo, continuaba soltando un hilo de humo.

Bastaba, sin embargo, que el mandarín abriera otra vez el abanico, para que todos despertaran. Las pequeñas olas del lago brillaban como si algún viento les llegase de las montañas. Volaba la garza sin salir de su lugar. La dama de largos cabellos tocaba el instrumento que tenía sobre las rodillas, tañendo las cuerdas con dedos pálidos.

¡Cuánto calor sentía aquel mandarín! A cada momento ¡rraac!, abría el abanico, abriendo con él los ojos de la dama y de sus garzas.

¡Y cuán nervioso era! Casi no se había abanicado, cuando ya cerraba el abanico nuevamente, empuñándolo como si fuera un cetro y encerrando en la oscuridad a sus personajes.

Abre y despierta, cierra y duerme, la vida en el abanico estaba hecha de rápidas noches y brevísimos días. Sin que sobrara tiempo para el tedio.

Y así habría sido por muchos años, si el mandarín, lleno de amor por su más joven concubina, y deseoso de cubrirla de mimos, no le hubiera dado el abanico de regalo.

Bien diferentes eran las maneras de la concubina. Todo en ella era sosiego. Y no la atormentaba el calor. Del abanico, más que la brisa, le complacía el gesto pausado con que lo movía, acariciando el aire y su cuello. Casi no lo cerraba. Por encima de él lanzaba miradas oblicuas. Detrás de él, murmuraba secretos a los oídos de las otras concubinas, escondía

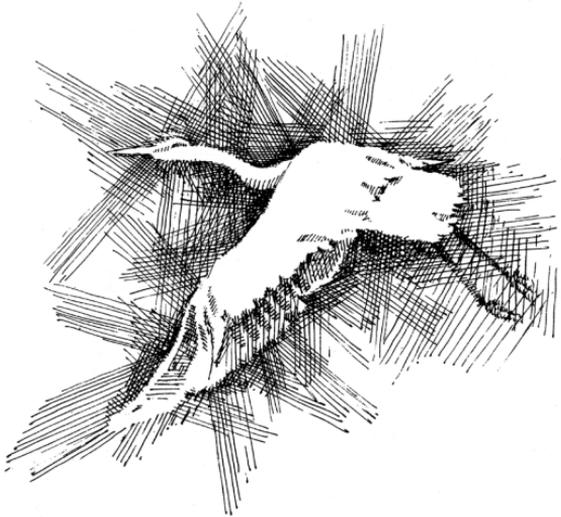
sonrisas y arrumacos. Y muchas veces, reposada la mano sobre la mesa o el regazo, se olvidaba de cerrarlo.

Con ella, los días se tornaron largos, a veces larguísimos, para la dama del quimono. Tocaba su instrumento, miraba a sus aladas compañeras, y así se distraía. Sin embargo, las garzas, sin nada que hacer, sin poder pescar, hacer nido o aparearse, comenzaron a encontrar el cielo de papel cada vez más limitado, la vastedad más allá de él cada vez más tentadora.

Y un buen día la garza de la esquina izquierda, aquella que desde siempre había mantenido las alas abiertas, las agitó suavemente, después con más vigor y, aleteando por fin libre, voló afuera del abanico.

Durante aquel día y los que siguieron, la dama la esperó tocando su dulce música. Pero la garza no volvió. Y la esquina izquierda del abanico continuó vacía, sin que siquiera una marca desteñida recordara su antigua presencia.

Más tiempo transcurrió aún, lentamente. Sola, ahora, la garza del lago ya no tenía razón para continuar allí, con la pata sumergida en el agua. Y una tarde caliente en que la concubina se abanicaba con pereza, la garza extendió por fin la otra pata y sacudió el pescuezo, desplegando las alas que desde siempre habían permanecido cerradas. Como una corola tocada por el viento, se estremecieron las plumas blancas. Y la garza levantó vuelo abandonando el abanico.



Sin un gesto, la dama vio partir a su última amiga. No lloró, porque no se permiten lágrimas en los abanicos de papel. Pero las manos pálidas dejaron de tañer las cuerdas. Y el instrumento sobre su regazo enmudeció.

Muchos y muchos años de silencio pasaron después de eso. Muchas y muchas personas poseyeron el abanico.

Hasta que un día, revolviendo en el toldo de un anticuario de feria, un joven artista lo vio, abierto, entre las baratijas. Y su atención fue atraída por la antigua delicadeza de la dama de quimono. Faltaba alguna cosa, quizás, en el dibujo del paisaje, el papel estaba maltratado. Pero eran tan leves las manos

sobre el instrumento, tan elegantes los pliegues del quimono, que le pareció un lindo regalo para su amada.

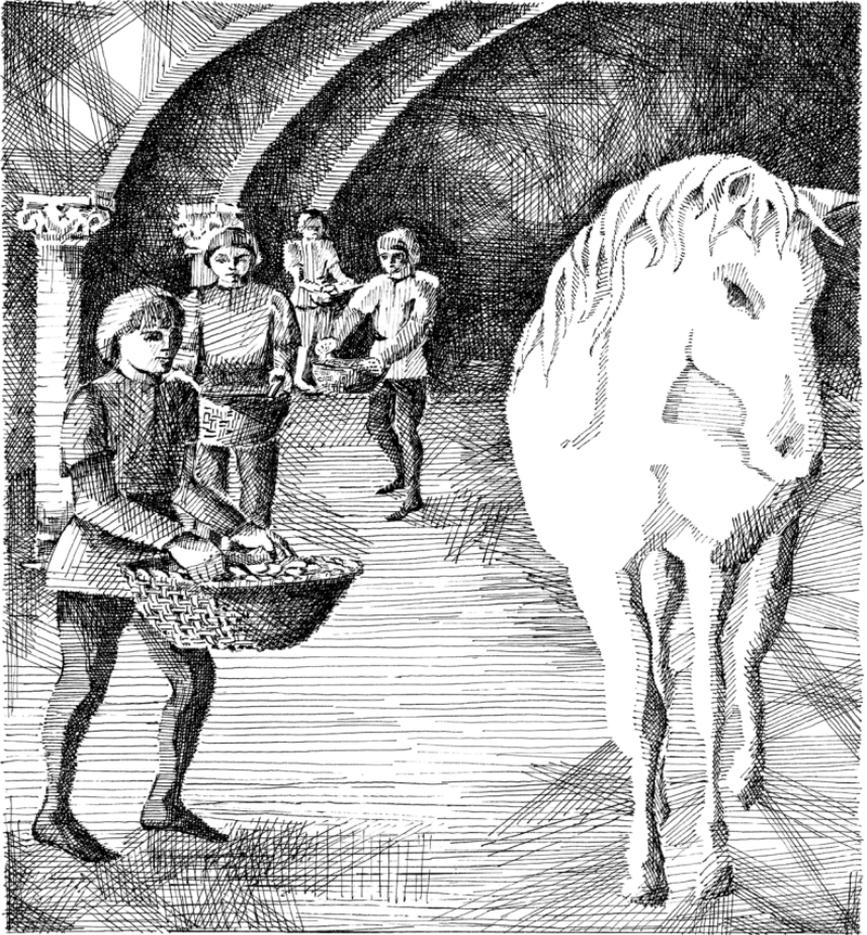
En casa, limpias las varillas, reparado el papel con algo de cola, el artista sintió el deseo de agregar alguna cosa al regalo, de enriquecerlo con su amor y su talento. Tomó la caja de pinturas, se inclinó sobre el abanico y, con cuidado, aprovechando el espacio vacío en el lado izquierdo, dibujó una garza sorprendida en pleno vuelo, sus alas abiertas. Sin embargo, ocupado todo aquel rincón, algo faltaba aún del otro lado, más próximo a la dama. Sumergió el pincel en la pintura blanca, mojó levemente la punta en el color rosa. Y poco después otra garza surgió, sus alas cerradas, la pata coralina metida en el agua del lago.

Sí, ahora tenía un abanico digno de su amada.

Y quedó tan lindo que ella no quiso guardarlo cerrado en el cajón. Cuidando de no rasgar el papel, lo fijó abierto en la pared delante de su cama.

Aquella noche, lo miró una vez más con fascinación antes de dormirse. Después apagó la luz y cerró los ojos.

Duerme la dueña del abanico, duerme la casa. Pero en la superficie de papel un volcán humea, en tanto una dama de quimono toca para sus garzas la suavísima música de un instrumento de cuerdas.



EL REINO POR UN CABALLO

ERA LUSTROSO, ESBELTO, MÁS BLANCO QUE UNA sábana al sol. Y mucho más precioso. Era el caballo del rey. Precioso, no sólo por su belleza sino porque únicamente se alimentaba de monedas de oro.

En la caballeriza del palacio, palafreneros y mozos de cuadra se atareaban constantemente a su alrededor prodigándole delicados cuidados. Le cepillaban el pelo immaculado, le trenzaban la crin, le enceraban los cascos, le desenredaban la larga cola.

En un rincón, músicos especialmente escogidos para distraerlo se turnaban para tocar el laúd.

Y una vez al día se realizaba la ceremonia de la alimentación. Al son de trompetas, y precedidos por el gran curador de los bienes reales, los pajes entraban en la caballeriza cargando cestos llenos de monedas de oro. En cuanto el palafrenero

mayor hacía sonar sus palmas, se aproximaban uno a uno al pesebre y vertían la carga fulgurante, que en pocos momentos desaparecía entre los dientes amarillosos del caballo.

A decir verdad, después de que el caballo había sido obsequiado al rey, el curador se había tomado, durante algún tiempo, el trabajo de volver discretamente a la cuadra algunas horas después de las comidas. Armado de una varita y cuidando de no perder su noble postura, revolvía la bosta humeante para asegurarse de que ninguna moneda había sido devuelta por los caballares intestinos. Pronto, sin embargo, había percibido la inutilidad del acto. El oro que entraba no salía. Todo él consumido en el oscuro misterio del vientre, garantizaba quizás el centelleo del pelo, el brillo de los ojos y, quién sabe, incluso el tono amarillento de los dientes.

Hondos eran los cofres del rey. Un cesto de monedas más o uno menos no hacía diferencia. Ni diez. No obstante, un cesto hoy, un cesto mañana, durante semanas y meses llenos de hoyes y mañanas, comenzaron a hacerse sentir. Y llegó el día en que, habiendo agotado todos los otros recursos, el gran curador se vio obligado a avisar a Su Majestad que, para satisfacer el apetito del caballo, muy pronto sería necesario vender la corona.

—¡La corona, nunca! —exclamó el rey llevándose las manos a la cabeza.

Y, sin vacilar, ordenó la institución de un nuevo tributo, el Impuesto del Caballo, que debía ser pagado diariamente por todos los súbditos.

Con la contribución del pueblo, se llenó durante algún tiempo el pesebre. Pero así como había sucedido con los cofres reales, también los pequeños cofres domésticos, los ahorros, los fondos de los colchones y los marranitos de barro, poco a poco se vaciaron.

Y llegó el día en que no había en el reino una sola moneda.

—¿Qué hacer? —preguntó el rey al ministro que se encontraba junto al trono. El ministro miró interrogativamente al otro ministro que estaba a su lado, que a su vez miró al ministro cuyo manto rozaba el suyo, que miró al ministro que estaba más próximo, que finalmente miró al curador, que, sin nadie cerca a quién mirar, se vio obligado a responder.

—¿Y si intentáramos hacerlo funcionar al contrario? —aventuró.

—¡¡¡¡¡¿¿¿¿¿Al contrario???!!!!! —repitieron todos en coro, sin entender.

Pero, como no quería demostrar su ignorancia, el rey dio orden de que se procediera a la operación.

Bajo las órdenes del curador, se amarró a la cola del caballo una cuerda larga, cuya punta fue metida por el trasero del animal y empujada con suave firmeza, hasta que comenzara a



hacerle cosquillas en la garganta. Y en cuanto el pobre abrió la boca para librarse de la molestia, manos ávidas se hundieron allá adentro y agarraron la punta de la cuerda que comenzaba a aparecer.

Los palafreneros, los mozos de cuadra, los músicos y el gran curador en persona comenzaron a tirar. Tira que tira, he aquí que despacio, muy despacio, el caballo fue volteado hasta ponerlo al revés.

Y allí estaba ahora un caballo que, aunque era el mismo, era lo contrario de lo que había sido.

Faltaba probar los resultados. Los pajes llevaron cestos llenos de bosta, que vertieron, uno a uno, en el pesebre. El caballo se aproximó, olfateó. Y, bajo la mirada ansiosa del rey, vació poco a poco el pesebre tragando su contenido con los dientes amarillos.



Aquella tarde, nadie movió un pie de la caballeriza. Escondida detrás de la espalda, el gran curador sostenía una varita. Pero no fue necesaria. Cuando, por fin, la cola del caballo se irguió levemente, fue para dejar salir a borbotones sobre la paja una cascada tintineante de monedas de oro.

Así, todos los días, el tintinear del oro empezó a resonar en las arcadas de la caballeriza. Las monedas borbotaban y eran pasadas rápidamente de la paja a los cofres reales. Que poco a poco se llenaron, se hincharon y rebosaron.

Tantas eran las monedas que el rey decidió finalmente revocar el Impuesto del Caballo. Y, a partir de ese momento, también los pequeños cofres domésticos, los ahorros, los fondos de los colchones y los marranitos de barro comenzaron a recibir sus monedas, a llenarse, hincharse y rebosar.

La abundancia y las sonrisas se esparcieron por el reino.

Pero a pesar de tanta alegría, el rey no parecía feliz. Andaba pensativo por los corredores, y era visto a veces bajando a la caballeriza, donde permanecía en silencio, sin sonreír. Aquél, rumiaba el rey mientras las monedas salían a borbotones, ya no era su lindo caballo. Estaba feo, casi asqueroso. El pelo blanco, ahora por dentro, no se veía. Por fuera, sólo la piel roja, pegajosa. No era un caballo del que un rey pudiera enorgullecerse, ni una noble montura para desfilarse en días de parada o procesión.

Y ya los cofres no podían estar más llenos.

Entonces un día, luego de recibir la visita de un embajador extranjero, el rey bajó a la caballeriza haciendo revolotear su manto por las escaleras, alegre como hacía mucho tiempo no se veía. Tenía una sonrisa en los labios y órdenes para ser ejecutadas. Con rápida determinación, antes de que el gran curador oyera, mandó a matar al caballo. Y que el establo fuera lavado y perfumado de inmediato para acoger a un lindo caballo nuevo que acababa de recibir.

Fue así que la caballeriza real, olorosa a lavanda, recibió al raro alazán venido de tierras distantes. Raro no sólo por su belleza y su noble porte sino porque únicamente se alimentaba de piedras preciosas.

ENTRE LA ESPADA Y LA ROSA

¿CUÁL ES LA HORA DE CASARSE SI NO ES AQUELLA EN que el corazón dice “quiero”? La hora que el padre escoge. Eso descubrió la princesa la tarde en que el rey la mandó llamar y, sin rodeos, le dijo que habiendo decidido hacer alianza con el pueblo de las fronteras del norte, había prometido darla en matrimonio a su jefe. Si era viejo y feo, ¿qué importancia tenía eso ante los soldados que traería al Reino, las ovejas que pondría en los pastos y las monedas que vaciaría en los cofres? Que estuviera lista, pues en breve su prometido vendría a buscarla.

De vuelta a su cuarto, la princesa derramó más lágrimas de las que creía tener para llorar. Hecha un ovillo en la cama, ahogada en sollozos, imploró a su cuerpo, a su mente, que le hicieran encontrar una solución para escapar de la decisión de su padre. Por fin, agotada, se durmió.



Y por la noche su mente ordenó, y en la oscuridad su cuerpo dispuso. Y al despertar por la mañana, con los ojos aún ardiéndole de tanto llorar, la princesa percibió que algo extraño sucedía. ¡Con cuánto miedo corrió al espejo! ¡Con cuánto espanto vio los rizos rojos que rodeaban su quijada! No lo podía creer, pero era verdad. En su rostro, una barba había crecido.

Pasó los dedos lentamente por entre las hebras sedosas. Y ya extendía la mano para buscar las tijeras, cuando por fin comprendió. Aquella era su respuesta. Podía venir su prometido a buscarla. Podía venir con sus soldados, sus ovejas y sus monedas. Pero cuando la viera, ya no la querría. Ni él, ni cualquier otro escogido por el rey.

Salvada la hija, se perdía sin embargo la alianza del padre, que lleno de horror y furia delante de la joven barbada, alegó la vergüenza que caería sobre su Reino ante semejante rareza y le ordenó abandonar el palacio inmediatamente.

La princesa hizo un pequeño atado con sus joyas, escogió un vestido de terciopelo color sangre, y, sin despedidas, atravesó el puente levadizo para pasar al otro lado del foso. Atrás quedaba todo lo que había sido suyo, adelante estaba aquello que no conocía.

En la primera aldea adonde llegó, después de mucho caminar, se ofreció de casa en casa para hacer trabajos propios

de mujeres. Sin embargo, nadie quiso aceptarla porque, con aquella barba, les parecía evidente que era un hombre.

En la segunda aldea, esperando tener más suerte, se ofreció para hacer trabajos propios de hombres. Y nuevamente nadie quiso aceptarla porque, con aquel cuerpo, estaban seguros de que era una mujer.

Cansada pero aún con esperanzas, al ver desde lejos las casas de la tercera aldea, la princesa pidió un cuchillo prestado a un pastor y se afeitó la barba. Sin embargo, incluso antes de llegar, la barba había crecido otra vez, más rizada, brillante y encendida que antes.

Entonces, sin pedir nada más, la princesa dio sus joyas a un armero a cambio de una armadura, una espada y un yelmo. Y quitándose del dedo el anillo que había sido de su madre, lo entregó a un mercader a cambio de un caballo.

Ahora, debajo de la armadura, nadie vería su cuerpo, debajo del yelmo, nadie vería su barba. Montada a caballo, empuñando la espada, ya no sería ni hombre ni mujer. Sería un guerrero.

Y en un guerrero valiente se convirtió, a medida que servía a los señores de los castillos y aprendía a manejar las armas. En poco tiempo, no había quién la superara en los torneos ni la venciera en las batallas. La fama de su valor se extendía por todas partes y la precedía. Ya no necesitaba presentarse

delante de los muros de ciudades y castillos, nadie rechazaba sus servicios. La armadura decía más que su nombre.

Poco se demoraba en cada lugar. Luchaba cumpliendo su trato y su deber, se batía con lealtad por el Señor. Sin embargo, sus victorias atraían las miradas de la Corte, y pronto los murmullos comenzaron a recorrer los pasillos. ¿Quién era aquel caballero, osado y gentil, que nunca se quitaba el traje de batalla? ¿Por qué no participaba de las fiestas ni cantaba para las damas? Cuando las preguntas se hacían en voz alta, ella sabía que había llegado la hora de partir. Y al amanecer montaba su caballo, dejaba el castillo, sin revelar el misterio con el que había llegado.

Únicamente cuando cabalgaba sola por el campo osaba levantarse la visera para que el viento le refrescara el rostro y acariciara sus encendidos rizos. Pero volvía a bajarla, tan pronto veía agitarse a la distancia las banderas de algún torreón.

Así, de castillo en castillo, había llegado a aquel, gobernado por un joven rey. Y hacía algún tiempo que allí estaba.

Desde el día en que la había visto parada delante del gran portón, con la cabeza erguida, ofreciendo su espada, había demostrado preferirla a los otros guerreros. Era a su lado que la quería en las batallas, era a ella a quien llamaba para los ejercicios en la sala de armas, era ella su compañía preferida, su mejor consejero.

Con el tiempo, más de una vez, el uno había salvado la vida del otro. Y parecía natural, como el fluir de los días, que sus vidas transcurrieran juntas.

Compañero en las luchas y en las cacerías, se inquietaba sin embargo el rey porque su amigo más fiel jamás se quitaba el yelmo. Y más aún se inquietaba al sentir crecer dentro de sí un sentimiento nuevo, diferente de todos, devoción más honda por aquel amigo que la que un hombre siente por un hombre.

Pues no podía saber que por la noche, cerrado el cuarto, la princesa recostaba su escudo en la pared, se ponía el vestido de terciopelo rojo, soltaba sus cabellos y, delante de su reflejo en el metal pulido, suspiraba largamente pensando en él.

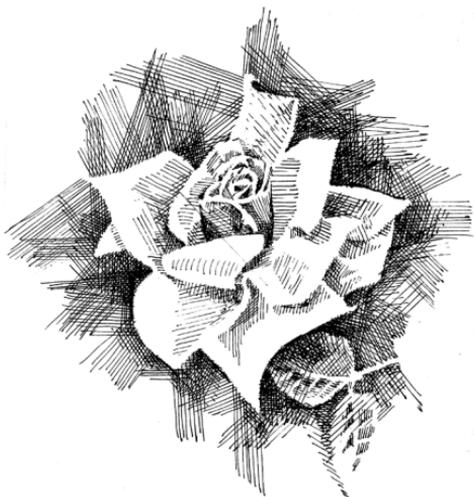
Muchos días se sucedieron en que, para intentar huir de lo que sentía, el rey evitaba verla. Y otros tantos en que al notar que eso no la apartaba de su recuerdo, la mandaba a llamar, para arrepentirse enseguida y pedirle que se fuera.

Finalmente, como nada de eso calmara su tormento, ordenó que fuera a verlo. Y con voz áspera, le dijo que hacía mucho tiempo toleraba tener a su lado a un caballero de rostro siempre encubierto. Pero que no podía confiar más en alguien que se escondía tras el hierro. Que se quitara el yelmo, que mostrara el rostro. O tendría cinco días para dejar el castillo.

Sin respuesta ni gesto, la princesa dejó el salón y se refugió en su cuarto. Nunca el rey podría amarla, con su roja barba.

Y no la querría ya como guerrero, con su cuerpo de mujer. Lloró todas las lágrimas que aún tenía para llorar. Doblada sobre sí misma, ahogada en sollozos, imploró a su cuerpo que la liberara, suplicó a su mente que le diera una solución. Finalmente, agotada, se durmió.

Y por la noche su mente ordenó, y en la oscuridad su cuerpo brotó. Y al despertar en la mañana, con los ojos hinchados de tanto llorar, la princesa percibió que algo extraño ocurría. No osó llevarse las manos al rostro. Con miedo, ¡cuánto miedo!, se aproximó al reluciente escudo, buscó su reflejo. Y con espanto, ¡cuánto espanto!, vio que, sí, la barba había desaparecido. Pero en su lugar, encendidas como los rizos, unas rosas le rodeaban su quijada.



Aquel día no se atrevió a salir del cuarto para no ser delatada por el perfume, tan intenso que ella misma sentía embriagarse de primavera. Y se preguntaba de qué le valía haber mudado la barba por flores, cuando, mirándose en el escudo con atención, le pareció que algunas rosas perdían su roja lozanía y se tornaban más oscuras que el vino. De hecho, al amanecer, había pétalos sobre su almohada.

Una tras otra, las rosas se marchitaron, deshojándose lentamente. Sin que ningún botón sustituyera las flores que morían. Poco a poco, la rosada piel aparecía. Hasta que ya no hubo flor alguna. Sólo un delicado rostro de mujer.

Había llegado el quinto día. La princesa soltó sus cabellos, se cubrió con el vestido color sangre. Y arrastrando la cola de terciopelo, bajó las amplias escaleras que la llevarían hasta el rey, en tanto un perfume de rosas se esparcía por el castillo.

CINCO CIPRESES, DOS VECES

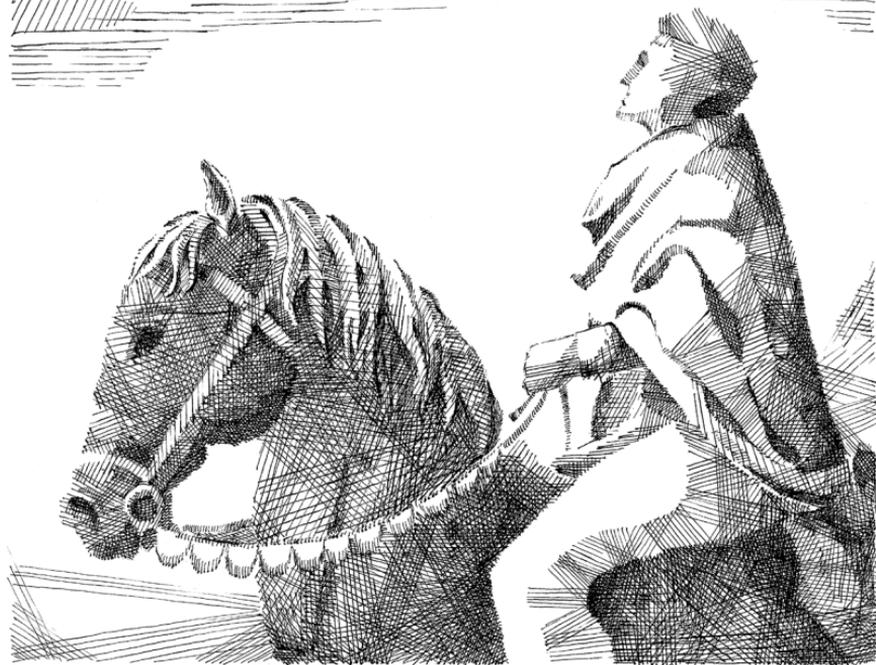
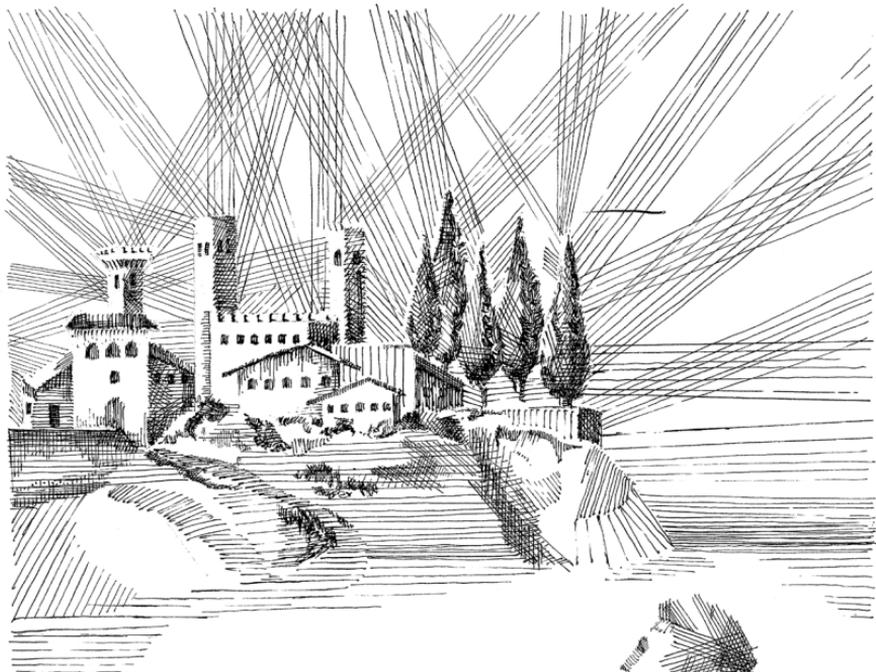
NO ERA UN HOMBRE RICO. NI ERA UN HOMBRE pobre. Era un hombre, apenas. Y este hombre tuvo un sueño.

Soñó que un pájaro se posaba en su ventana y le decía: “Hay un tesoro que espera por ti en la ciudad de los cinco cipreses”. Pero cuando el hombre abrió la boca para preguntar qué ciudad era esa, espantó al pájaro y al sueño. Y despertó.

Durante días indagó entre cuantos encontraba si sabían algo sobre una ciudad con cinco cipreses. Sin que nadie pudiera responderle.

Entonces, como si aún oyera el habla clara del pájaro, vendió sus pocos bienes, guardó el dinero en una alforja de cuero que se colgó al cuello y, montado en su caballo, partió.

Escogió la dirección del sol poniente, diciéndose que, conforme anduviera, junto con el sol, los días durarían más, y él tendría más tiempo para buscar.



Y junto con el sol subió montañas, atravesó planicies, cruzó lagos y ríos. De la ciudad, ni rastro.

Pero él había soñado con el pájaro, y continuó buscando. Y he aquí que un día, cuando el sol comenzaba a acariciarle las espaldas, vio a lo lejos, erguidas como torres en la bruma del horizonte, las negras siluetas de cinco cipreses.

Bajo el tirón involuntario de las riendas, el caballo se estremeció. Sin embargo, espoleado enseguida, se puso a galopar. Y galoparon, galoparon, galoparon.

Espumajeaba el caballo, sudaba el hombre, cuando por fin llegaron a la primera casa. Y como estaba el hombre tan cansado, ya al final del día, le pareció mejor beber el agua de aquel pozo, tenderse a la sombra de aquel árbol, para sólo al día siguiente, descansado, buscar el tesoro que le pertenecía.

Y así lo hizo. Y se durmió en seguida.

Se durmió tan profundamente que no despertó cuando otro caballero llegó, se apeó y se aproximó a él. Tan profundamente que ni siquiera sintió cuando éste tocó la bolsa de cuero que llevaba al cuello, todavía llena de dinero. Y dormido así, ¿cómo podría sospechar que se trataba de un temible bandido?

Nada supo. Ni siquiera notó cuando el otro desenvainó la espada, la sostuvo un instante en lo alto con las dos manos y la bajó súbitamente, cortándole la cabeza.

Casi sonriendo, el salteador abrió la bolsa, contó el dinero. Después, dejó a los perros el cuerpo ensangrentado, agarró la cabeza por los cabellos y la lanzó al pozo.

Y en el pozo la cabeza fue hundiéndose lentamente. Hasta llegar al fondo. Donde los ojos abiertos ya no podían ver el cofre podrido, de cuyas fisuras escapaban joyas y monedas que se perdían en la oscuridad verdosa.

Pero un cuento es apenas un cuento,
que yo cuento, recuento
y transformo en otro cuento.

NO ERA UN HOMBRE RICO. NI ERA UN HOMBRE pobre. Era apenas un hombre. Y este hombre tuvo un sueño.

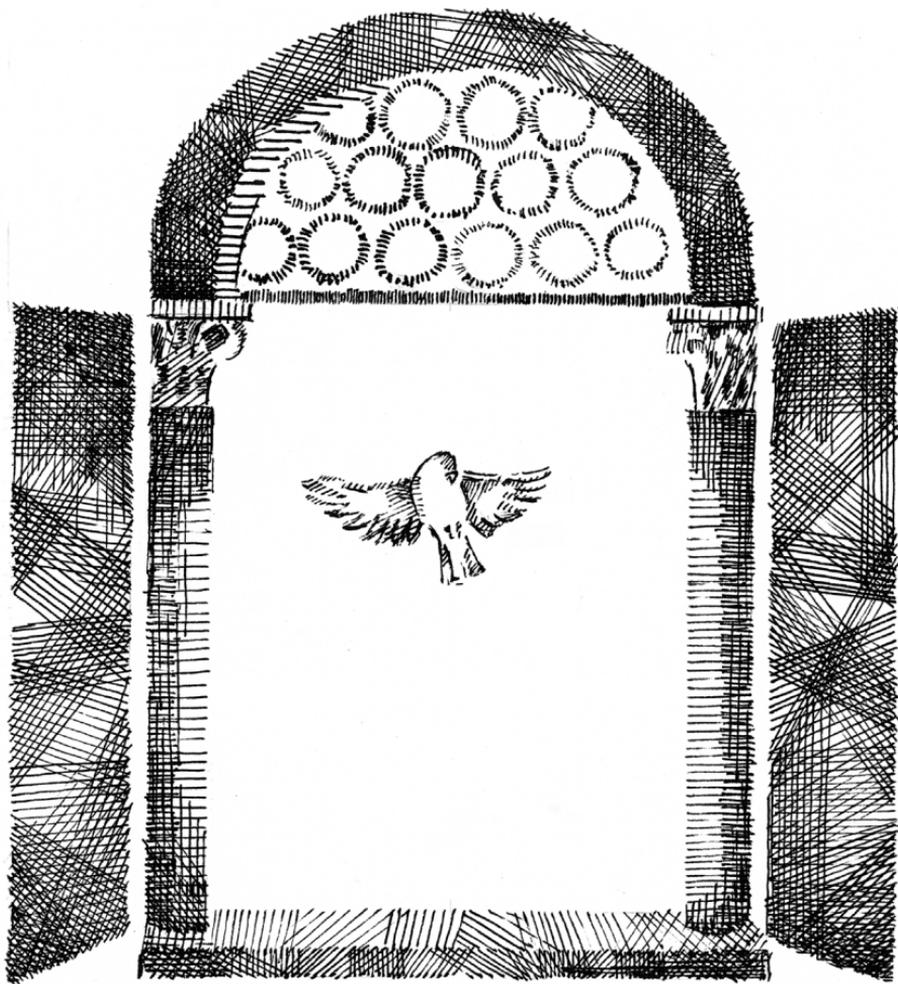
Soñó que un pájaro se posaba en su ventana y le decía: “Hay un tesoro que espera por ti en la ciudad de los cinco cipreses”. Pero cuando el hombre abrió la boca para preguntar dónde quedaba esa ciudad, espantó al pájaro. Y el sueño levantó vuelo.

En vano preguntó a todos cuantos conocía si podían darle noticias de la misteriosa ciudad. Nadie había oído hablar de ella, y lo máximo que hacían era sacudir la cabeza y encoger los hombros. Como viera que si continuaba donde estaba, jamás llegaría adonde tenía que ir, vendió su casa y su huerta, vendió las ropas que no llevaba puestas, y luego de poner el dinero en una alforja de cuero, se la colgó al cuello y partió.

Escogió la dirección del sol naciente, diciéndose que ver el sol salir todas las mañanas sería como ver la fortuna que también estaba surgiendo para él. Y al tiempo con el sol, se levantó día tras día y recorrió planicies, subió montañas, atravesó lagos y ríos.

Sin que de la ciudad hubiera rastro.

Pero el pájaro había hablado en su sueño. Y él continuó buscando. Y he aquí que una mañana, cuando el sol le rozaba el rostro con dedos aún tibios, vio recortarse en el horizonte unas siluetas negras y altas como torres, severas siluetas de



cipreses. Apenas si podía verlas, inmersas en la luz ofuscadora que se cernía a lo lejos como una niebla. Aun así su corazón pareció lanzarse hacia ellas, y el caballo se estremeció bajo el tirón involuntario de las riendas.

Galoparon y galoparon y galoparon.

El caballo espumajeaba, el cabello del hombre se pegaba a su frente, cuando por fin se acercaron a la ciudad anhelada. El sol ahora estaba casi poniéndose, y a la luz débil del final del día, el hombre vio que los cipreses no eran cinco, como había pensado, sino apenas cuatro.

—Todavía no es esta —dijo, decepcionado, como si alguien pudiera oírlo.

Entonces, espoleó el caballo y se alejó.

No podía saber que la noche anterior una tempestad se había desatado sobre la ciudad. Ni que un rayo, certero, había abatido el quinto ciprés.

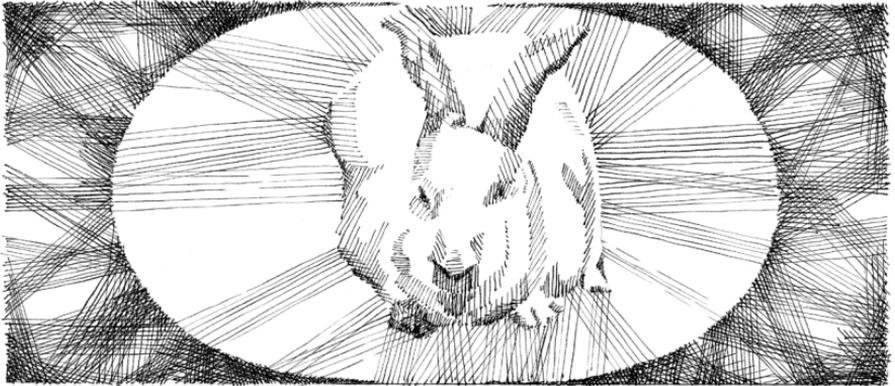
RUMBO A LA ESTRELLA

YA NO HABÍA NINGUNA RAZÓN PARA SEGUIR VI-
viendo en la isla. Muerto el padre, así lo decidieron los siete
hermanos.

Poco después, cientos de aves revolotearon en círculos lan-
zando chillidos, expulsadas de sus nidos por el hacha que es-
tremecía los troncos. Cientos de conejos se escondieron en
las madrigueras para huir de las trampas en que otros cone-
jos se debatían.

Y una larga barca fue surgiendo en la playa, el esqueleto de
madera acostado sobre la arena, con las costillas hacia arri-
ba, poco a poco recubierto con las pieles de conejo que los
hermanos iban uniendo unas con otras.

—Esperaremos la luna llena —dijo el mayor de los siete,
después de que los remos fueron pulidos. Pero, como aún fal-
taba tiempo, se hicieron cargo los otros de embarcar las po-
cas cosas que llevarían. Agua en las jarras, frutas en los cestos,
carnes y pescados en camas de sal.



Todo estaba listo cuando, en la oscura costura de la noche con el mar, una enorme luna comenzó a salir y, poco a poco, achatada bajo el peso del cielo, fue subiendo, cada vez más clara.

—Tú, que eres el pequeño y el más liviano, permanecerás en el timón —dijo el mayor de los hermanos al más joven, mientras empujaban la barca hacia el agua. Y apuntando a una estrella en el cielo, tan clara como la luna, ordenó que clavara la proa en ella, sin quitarle nunca los ojos de encima.

—Sólo así llegaremos a tierra firme —agregó.

Vencidas las primeras olas pequeñas, atravesada la rompiente, va la barca sobre el líquido espejo. Plaf, plaf, se sumergen los remos de los seis hermanos encrespando el brillo sin hendirlo. Y el séptimo atrás, en silencio.

Va la barca, siempre hacia delante. No hay sendas en el mar. El recto camino dibujado por la mano que sujeta el timón sólo aparece en la estela, después de que la barca pasa. Y luego se borra.

Pero con los ojos puestos en la estrella, el muchacho sabe adónde va.

De día, cuando el sol quema y la luz deslumbra, los hermanos duermen acostados en el fondo de la barca. De noche reman. Una, dos, muchas noches.

Noche a noche, deslizándose por el cielo, la luna mengua su curva, se adelgaza. Cuanto más pequeña la luna, más intensa brilla la estrella para el joven.

Más intensa y más bonita. Más bonita y más mirada. Más mirada y más amada.

En los ojos de él, sólo ella se refleja. En la noche de él, sólo ella se ilumina.

Va la barca adonde ella llama. Otra noche. Y más noches.

—¡Tan distante de mí! —suspira el joven, y su lamento se funde con el beso del agua en el casco—. ¡Tan difícil de alcanzar!

En vano busca en la oscuridad caminos que lo lleven a la estrella, intenta atravesar con la proa la ruta secreta del cielo, romper la línea que en el horizonte los separa.

Ha menguado del todo la luna. Ahora, sólo la estrella centellea.

Plaf, plaf, se sumergen los remos de los seis hermanos. Pero esa noche, más negra que las otras, un soplo gime sobre el agua. Es el viento. El mar, cansado de ser liso como un llano, se hincha en dunas y cerros, yergue las espaldas, estira los dedos blancos de espuma.

¿Huye la barca o es llevada? ¿Reman los hermanos o se aferran a los remos? La barca salta, gira, corcovea, para en lo alto de una ola, se despeña, y nuevamente se empina. Los maderos crujen, la tempestad relincha.

Los ojos del joven, quemados de sal, han perdido la estrella. Sin rumbo, él la busca entre las nubes, en un cielo tan revuelto como el mar. Y ya no sabe lo que es arriba o lo que es abajo.

Se rasga la noche. Un rayo estalla. El joven se cubre los ojos con la mano. Pero cuando la baja, allá está de nuevo su alegría, la clara y limpia estrella brilla en una garganta de cielo.

La armazón de la barca gime en la subida. Como un árbol inmenso, la ola abre su copa. Más y más suben los hermanos en su nido de pieles hasta llegar a lo alto, donde la espuma brilla, casi nube. Nunca el joven estuvo tan cerca de su amada. Nunca le pareció tan bonita como ahora. Por primera vez, su mano olvida el timón. Se levanta, casi alcanzándola, los brazos extendidos, los tobillos ceñidos de mar. Y tiene la impresión



de que ella se inclina, llevándolo más allá de la oscuridad, más allá del viento, más allá de la tempestad.

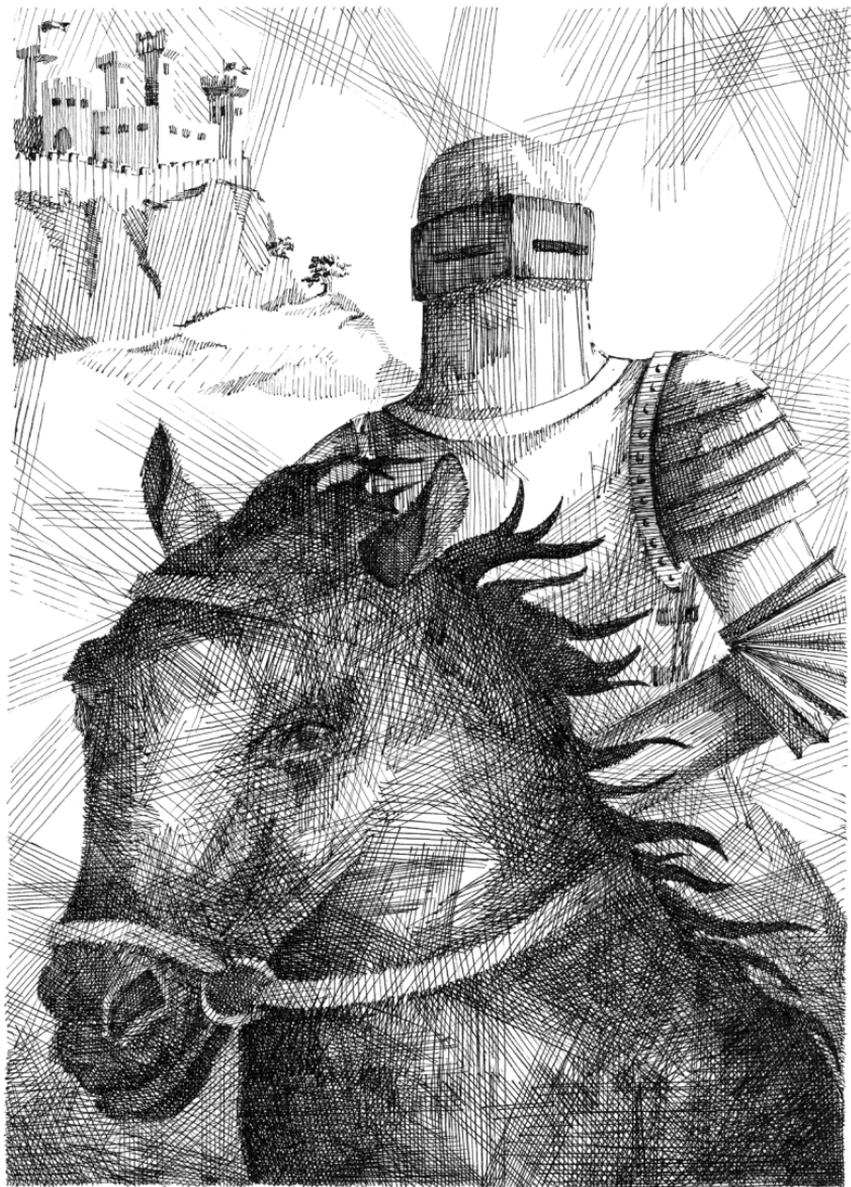
Perdido el timonel, para siempre navegan los hermanos sin posibilidad de llegar. Lejos está la tierra firme. Lejos, allá lejos, las estrellas.

EL CASTILLO QUE SE VA

EN SU CASTILLO DE AIRE, VIVÍA EL REY DE LA NADA. No tenía paredes aquel castillo, no tenía techo. Pero así, transparente, era bello y delicado como ningún otro.

Y porque el rey nada poseía, ni tan sólo un mínimo pedacito de tierra, al menor soplo de viento, allá se iba el castillo con toda su corte, etérea arquitectura flotando en el azul. Se posaba cuando amainaba el viento. Unas veces era visto en un pico escarpado, otras veces surgía a la orilla del mar o se asentaba en la planicie. Nada lo ataba a lugar alguno. Y el mundo entero era su reino.

Ahora, después de una tempestad que lo había sacudido llevándolo por encima de las montañas, reposaba el castillo entre las flores de un valle. Las damas salían a pasear coloreando los prados con sus largos trajes, leves como suspiros, los caballeros disputaban torneos de imaginación, en tanto



los niños de la corte inventaban juegos con manzanas recién cogidas de las ramas.

Ya muchos días de ese vivir apacible habían transcurrido.

No lejos del valle, sin embargo, ejercía su poder un rey temible. Lo llamaban Ráiç. Y al pronunciar su nombre todos bajaban la voz y la mirada. Feroz, había tomado muchos reinos por la fuerza. Guerrero, había vencido en todas las guerras. A sangre y fuego ampliaba cada vez más sus dominios, sus riquezas y el número de sus súbditos. Pues, despierto o dormido, soñaba con convertirse un día en el Rey de Todo.

Bastó, por lo tanto, que sus espías le llevaran noticias de la existencia de un nuevo castillo para que sus ojos se encendieran de codicia.

—¡Que mis embajadores partan inmediatamente hacia allá a llevar una declaración de guerra! —ordenó.

Y fueron los embajadores, cubiertos con sus suntuosas vestiduras de terciopelo. Y con sus vestiduras apenas un poco arrugadas regresaron, cuando ya el rey Ráiç se preparaba para la batalla.

La declaración de guerra no había sido aceptada, explicaron cabizbajos.

Nunca el rey Ráiç había sido tan insultado, nunca había encontrado un monarca tan esquivo. Pero dispuesto a hacer

la guerra, quisiera el otro o no quisiera, partió, aun así, al frente de su ejército.

Llegaron al valle al amanecer. Los caballos resollaban pisoteando las flores, tintineaban escudos y armaduras, las armas brillaban desenvainadas. Y cuando el Rey de la Nada surgió en la puerta de su diáfano castillo acompañado por algunos miembros de la Corte, se adelantó el rey Raiç, sin apearse.

—Supe que deseáis hacerme la guerra —dijo el Rey de la Nada—. Humildemente pregunto el porqué de ese deseo.

—Porque todo lo que puedo ver me pertenece. Y mío es también mucho de lo que la vista no alcanza —respondió el rey Raiç, desde lo alto de su caballo—. No obstante, entre todo lo que he conquistado, existen ahora este palacio y esta Corte que no son míos. Y es necesario que yo los posea.

—Pero todo esto que veis —dijo el pequeño rey abriendo los brazos— es Nada. Sólo la Nada me pertenece.

—Pues entonces, ¿es esa Nada lo que yo quiero!

Discretamente, intentando esconder la boca detrás del cetro transparente, rio el Rey de la Nada. Y, como contagiados por las palabras del Gran Raiç, rieron las damas y los caballeros. Al principio bajando la quijada para disimular, después abiertamente, sin control, rio la delicada corte delante del ejército que esperaba. Rieron la reina y el cocinero, los pajes y los niños, rio, por primera vez más que todos, el bufón de la Corte.



Y el aliento de aquellas bocas abiertas, el eco de todas aquellas carcajadas hizo ondear los aéreos cortinajes, movió poco a poco los inexistentes torreones, las ausentes paredes. Como un navío que alza sus velas, el castillo entero comenzó a flotar y partió dulcemente hacia nuevas lejanías.

Debajo de los cascos de los caballos, la hierba ya se hacía lodo. El ejército envainó las espadas, recogió las lanzas. Impotente, el rey Raiç vio alejarse la victoria. Por culpa de aquella Nada, de aquel castillo impalpable que se iba en el regazo del viento, ya nunca sería el Rey de Todo. Perdido estaba para siempre su sueño.

Lleno de furia, espoléó su caballo y partió al galope. A lo lejos, leves como un tintinear de pendientes, se oían aún las carcajadas de la corte.



UNA VOZ ENTRE LOS ARBUSTOS

ERAN TAN POCOS EN AQUELLA TROUPE DE SALTIMbanquis que cuando la joven actriz renunció para casarse con un comerciante, no tuvieron otra para poner en su lugar.

Y como querían, aun así, poner la obra en escena, cosieron una enorme muñeca de trapo, modelaron para ella el más lindo rostro de cera y, luego de completarla con la peluca y los trajes que habían sido de la actriz, la pusieron delicadamente sentada en un rincón del escenario.

Por la noche, encendidas las velas, iniciado el espectáculo, ¡qué bella parecía! Tan bella que a pesar de nada decir y nada hacer, el público no tuvo ojos para nadie más.

Había entre ese público un grupo de nobles caballeros que, habiendo pasado por la plaza a la hora exacta en que el espectáculo se presentaba, se había detenido a ver. Y es probable que, de vuelta al palacio, contara a todos su fascinación

por aquella muchacha de rara belleza y dulce silencio. Pues ya al día siguiente el rey, que hacía mucho buscaba una dócil esposa, daba órdenes para que se alistara un coche y que un paje con su pedido fuera a buscar a aquella que, a partir de ahora, quería como su prometida.

Partió el coche, de un salto se apeó el paje delante de las tiendas de los saltimbanquis. Después de oír la lectura del bando real, se miraron entre sí, asustados. ¿Quién tendría el coraje de contrariar deseo tan poderoso y de mandar a decir al rey que la bella muchacha era apenas una muñeca? Mejor dejar que lo descubriera por sí mismo.

Arreglaron a la muñeca, cepillaron sus rizos y, con la misma gracia con que la habían colocado en el escenario, la sentaron sobre los almohadones del coche. El látigo restalló, el coche partió dejando en el aire una nube de polvo.

La tarde estaba caliente, el palacio era distante y, galopa, galopa, sacude, sacude, el cochero, muerto de sed, paró en una posada. El paje se acercó a la ventana del coche para preguntar a la doncella —que creía estar llevando— si deseaba tomar alguna cosa. Pero como no recibió respuesta, atribuyó el silencio al más puro recato. Y creyó mejor no insistir. La dejó sola y fue a beber con el cochero.

Bebieron un buen jarro de cerveza. Bebieron otro. Afuera, el sol pegaba en el coche. Y en el calor sofocante, el bello

rostro de cera comenzó a reblandecerse. Se alargó la nariz, se descolgaron las mejillas, cayeron las comisuras de la boca. Incluso la frente cedió.

Fue así que cuando el coche al fin llegó al palacio y el rey en persona, todo sonrisas, abrió la puerta para recibir a su futura esposa, no se encontró con la linda muchacha que esperaba sino con una mujer feúcha, nariguda y malencarada.

Ni siquiera la saludó. Irritado, tiró la puerta, dijo al paje que no le habían traído a la muchacha encomendada sino a su hermana más fea y ordenó que la llevaran de vuelta y trajeran a la que había escogido.

Nuevamente el coche partió, nuevamente el paje transmitió la orden del rey a los saltimbanquis. Que, sin entender lo que había ocurrido, recogieron la muñeca y pidieron una noche para preparar debidamente a la prometida de Su Majestad.

Empleada la noche en recomponer el lindo rostro de cera, pusieron otra vez a la muñeca sobre los almohadones, el látigo restalló, el polvo cubrió el carruaje que partía.

Galopa, galopa, sacude, sacude, nuevamente el cochero sintió mucha sed y, al pasar delante de la posada, decidió detenerse para refrescar la garganta. Por segunda vez, el paje preguntó a la doncella si deseaba refrescarse y, como en la primera, no habiendo obtenido respuesta, la dejó sola y fue a beber con el cochero.



Bebieron un jarro de cerveza. Bebieron otro. Afuera el sol pegaba sobre el carruaje, el rostro de cera se reblandecía y se escurría en el calor sofocante. Pero tan grande era la sed, tan buena la cerveza, que los dos resolvieron tomar un jarro más y, ya que estaban bebiendo, aprovecharon para comer una tajada de jamón.

Por eso, demoraron más de lo que pretendían. Y, al darse cuenta de su retraso, subieron al pescante rápidamente y reiniciaron el viaje sin siquiera mirar el estado de la pasajera. Si hubieran mirado, habrían tenido la misma visión amedrentadora que tuvo el rey al abrir la puerta, lleno de cortesías. Caída sobre los almohadones no estaba la muchacha sino una vieja de rostro arrugado en el que las cejas descendían por encima de los ojos, los ojos desaparecían debajo de los párpados, y la nariz colgaba casi hasta la quijada.

La furia del rey pareció no tener límites. No bastaba con haberle traído a la hermana, ¡he aquí que ahora le traían a la abuela! Partida de burros. ¡Que fueran inmediatamente a enmendar su error! Y que si apreciaban sus cabezas, ¡no volvieran sin cumplir el mandato!

Los saltimbanquis no podían creer cuando vieron el coche parar delante de sus tiendas. Más difícil aún fue dar crédito al estado de la linda muñeca de cera. Pero no había cómo negarse. Una vez más pidieron una noche. ¡Una vez más

recompusieron el rostro! Y la muñeca fue dulcemente sentada en los almohadones.

Restalló el látigo. Galopa, galopa, sacude, sacude, aquel polvo en la garganta fue produciendo una sed espantosa. Cuando la tablilla de la posada apareció en una curva de la carretera, el cochero no dudó, era hora de parar.

Esta vez, sin embargo, mientras bebían y se jactaban ante los otros viajeros de que estaban llevando a la prometida del rey, fueron oídos por la linda hija del posadero. Que, picada por la curiosidad, se dirigió cautelosamente hasta el coche, y primero a distancia, después cada vez más cerca, espió hacia adentro para intentar ver a aquella que sería reina.

La joven era mucho más despabilada que el paje porque le bastó mirar a la muñeca para notar la artimaña que allí había. Y artimaña por artimaña, tuvo una idea audaz. Sin ser vista, arrastró la muñeca detrás de un establo, cambió sus ropas por las de ella, cubrió con la peluca de rizos sus propios cabellos y, rápidamente, se sentó sobre los almohadones.

Fue suficiente. Ya los dos inútiles salían de la posada, y poco después los cascotes de los caballos levantaban polvo y llevaban el coche rumbo al palacio.

Cuánta alegría, esta vez, en la recepción del rey. Sí, los nobles caballeros habían dicho la verdad. Allí estaba la más bella

de las jóvenes. La más delicada. La más silenciosa. Allí estaba la esposa que tanto había buscado.

De hecho, la joven posadera desempeñaba su papel a la perfección. Pausada y gentil en sus gestos, sólo abría la boca de vez en cuando para sonreír, sin pronunciar una palabra. Si acaso, meneaba la cabeza, se cubría los labios con los dedos, parecía apenas un poco más viva que la muñeca.

Y la Corte, encantada con una muchacha tan discreta, comenzó los preparativos de la gran fiesta de bodas.

Tanto silencio, no obstante, pesaba a la naturaleza alegre de la posadera que, muda en las comidas y callada en las recepciones, se transformaba en una cotorra en cuanto entraba a sus aposentos. A decir verdad, era allí donde pasaba la mayor parte del tiempo, como convenía a una joven prometida. Y para que ninguna comodidad le faltara, su futuro esposo le había destinado salas y cuartos que daban a un pequeño jardín, cercado de grandes muros. Allí la muchacha conversaba sola, o contaba a las flores y los pájaros aquello que le roía el alma.

Ocurrió que una mañana, cuando pasaba junto al muro que por fuera ni se distinguía, tan cubierto estaba de hiedras y arbustos, el rey oyó una parte de su conversación con una ardilla. Que era con una ardilla, él no tenía cómo saberlo. Pero

de inmediato supo que aquella voz le transmitía un dulce bienestar y era la más agradable de cuantas jamás había oído.

En busca de esa dulzura el rey volvió al mismo lugar el día siguiente, y muchos de los que vinieron después.

Al principio se interesaba solamente por el sonido. Sin embargo, con el pasar del tiempo, comenzó a reparar en las palabras y a sorprenderse con la belleza y el acierto de aquellos discursos que parecían brotar de entre los árboles.

Se sentaba de mañana cerca del muro. Se sentaba por la tarde al lado de su prometida. Y a medida que se iba fascinando con la voz desconocida, comenzaba a parecerle fastidiosa aquella que lo había conquistado con el silencio.

Casi sin notarlo, comenzó a dirigirle preguntas, a empujarla hacia alguna conversación. Pero ella, pensando que se trataba de una trampa para probar su capacidad de callar, se abstenía de responder o, si lo hacía, era apenas con un brevísimo sí o con un rápido no.

Se irritaba el rey con tanta determinación. Se irritaba la muchacha con tanta insistencia. Y de noche, en su cuarto, empapaba la almohada de lágrimas, preguntándose cómo podía ser tan infeliz si era la prometida del rey.

Entre tanto, se aproximaba el día de la boda.

Todos trabajaban ahora sólo para preparar la fiesta. Los carpinteros martillaban y aserraban para armar los tablados

de las danzas, las costureras no tenían tiempo de soltar las agujas, los floristas tejían guirnaldas. Y luego, los cocineros comenzaron ya a matar los lechones, a descuartizar las piezas de caza, a asar, a hervir, a adornar las enormes bandejas. Hasta que todo quedó listo y amaneció el día tan esperado.

Las campanas repicaron, sonaron las trompetas. La novia, con sus largos velos, el novio, con su gran manto, dejaron sus aposentos, cada uno acompañado de su séquito. Deberían encontrarse solamente en la catedral. Pero quiso la suerte que antes de salir del palacio se encontraran en medio de un corredor.

Se paralizó el rey por un instante, pensando en la voz que le habitaba el corazón. Se paralizó la muchacha por un instante, pensando en el largo silencio que le esperaba. Y ya iba el rey a retomar el paso, cuando notó que la muchacha avanzaba en su dirección y, para su extrema sorpresa, la vio abrir la boca y hablar.

Poco importaba que dijera que no quería casarse con él, que no aguantaba más, que estaba cansada de fingir, que necesitaba hablar y ser oída. Poco importaba que sus ojos estuvieran llenos de lágrimas y que los cortesanos la oyeran, inmóviles de espanto. Sólo importaba el sonido de aquella voz, por fin reconocida, voz tan dulce a sus oídos, y que él sabía bien capaz de otras palabras.

En la calle, la multitud que hacía tiempo esperaba vio finalmente un tremolar de penachos que avanzaban bajo la gran puerta del palacio, un estremecer de estandartes. Las madres levantaron a sus hijos pequeños para que pudieran mirar, los hombres se quitaron los sombreros para agitarlos en lo alto. Y bajo los vítores del pueblo, los novios salieron sonrientes a la cabeza del cortejo.

EL HOMBRE ATENTO

POR MÁS QUE HICIERA MEMORIA, AQUEL HOMBRE no encontraba en su vida ni un momento en que no hubiera estado atento. Atento a todo, plenamente, abiertos los sentidos como si su cuerpo fuera la puerta de entrada del mundo.

No dormía. Apenas comía. Los ojos siempre despiertos veían lo que ocurría frente a ellos, y parecían ver con igual claridad lo que ocurría detrás, o incluso lejos de ellos. Su nariz captaba todos los olores, descifraba todos los perfumes. Sus oídos distinguían los componentes del silencio tan bien como los del bullicio.

Sentado en un cojín, así prestaba atención, seguro de que en tanto tuviera conocimiento de todo lo que ocurría, controlaría la organización del mundo. Inmóvil, sin permitir que distracción alguna llegara a perturbarlo y abriera en su vigilancia una brecha por donde pudiera entrar el desorden.



Y pasados muchos años en idéntica posición, llegó una tarde en que oyó pasos en la calle aproximándose a su casa. Y porque eran pausados, supo que eran de un viejo. Y porque se arrastraban suavemente, supo que el viejo estaba cansado. Y porque nunca los había oído antes, supo que venía de lejos. Y cuando por fin los pasos se detuvieron delante de su puerta, se preparó para oír la llamada.

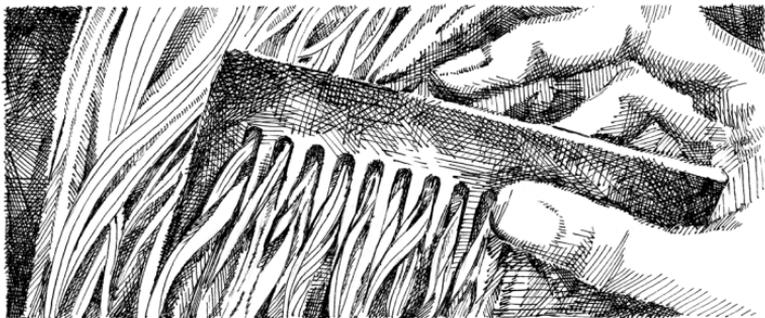
Toc, toc, resonaron en las habitaciones los golpes. Abrieron los criados y dejaron que el viejo entrara con su olor a polvo y con el calor del sol aún metido en los pliegues de sus ropas. Que se refrescara, le dijeron, y le acercaron jarra y vaso.

Justo en el momento en que el viajero se llevaba el agua a los labios, vio al Hombre Atento. Inmóvil en la penumbra como si ignorara su llegada, se mantenía entregado a su tarea, los ojos abiertos sin parpadear.

Se aproximó el viajero. El Hombre lo miraba, sin dejar de ver más allá y más acá de él, sin dejar que su presencia siquiera alterara la transparencia de su concentración. El Hombre lo miraba, mudo.

Y el viajero sintió lástima.

Se apartó hacia un lado, los ojos del Hombre no lo acompañaron. Se apartó hacia el otro, los ojos continuaron fijos al frente. Pero cuando el viajero cogió un ciempiés de una maceta, bastó al Hombre Atento oírlo caminar sobre aquella



mano para saber que le faltaba una pata. Y cuando, luego de ir al jardín, el viajero regresó con un camaleón, bastó al Hombre Atento ver su color para saber en qué rama había estado tendido.

Entonces, el viajero tomó de un rincón un espejo de cobre y lo colocó delante de la mirada del Hombre Atento.

En la superficie bruñida, un rostro pálido como la luna, descolorido por la larga penumbra, encaró al Hombre Atento. Pero no bastó al Hombre Atento ver sus ojos enmarcados en las hondas ojeras, ni sus blancas sienas, para reconocerse. Pues hacía tantos años no se veía que había olvidado su rostro. Y ahora, delante de aquel reflejo, se sorprendía de que fuera suyo. A tal punto que necesitó levantar la mano para tocarse, convenciéndose de que, sí, la mano que se erguía en el espejo era la misma que le alisaba la barba.

Por prestar atención al mundo, había dejado de prestar atención a sí mismo. Nunca más se había mirado, ni siquiera reflejado en el agua. Nunca más había acariciado su piel. No había cuidado de contar el tiempo. Pero el tiempo había pasado, a pesar suyo, y el rostro que creía joven ya no existía.

Allí estaba la brecha, nunca presentida, por donde el desorden habría entrado al mundo, si apenas por un minuto éste hubiera estado bajo su control.

Con la voz que hacía muchos años no oía, el Hombre pidió a los criados que le llevaran un peine. Extendió hasta el marfil los dedos flacos. Después, por primera vez en su vida, se distrajo. Cerrados los ojos, dejó que la sombra de una sonrisa tocara su expresión. Echó la cabeza hacia atrás y largamente peinó los cabellos que le caían sobre los hombros.



COMO UN COLLAR

ES CIEGA, DECÍAN TODOS. PERO CIEGA LA PRINCESA no era. Desde el día de su nacimiento no había abierto los ojos. No porque no pudiera. Sólo porque no sentía necesidad. Pues ya en el primer momento había visto tantas cosas bonitas detrás de sus párpados cerrados que nunca se le había ocurrido levantarlos. Era como si la ventana de sus ojos estuviera vuelta hacia adentro, y asomada a esa ventana ella pasara sus días entretenida. Pero eso los otros no lo sabían.

Como no lo sabían, se lamentaba en secreto el rey, su padre, lloraba a escondidas la reina, su madre. Sin jamás revelar su sufrimiento delante de la hija, para que no fuera ese otro dolor a sumarse a su supuesta desgracia.

A lo largo de los primeros años, los mejores médicos del reino fueron llamados para examinarla. Probaron ungüentos, recetaron pociones, recomendaron cambios de aire, prescribieron

baños fríos, exigieron baños calientes. Sin embargo, como nada lograra curar aquello que no estaba enfermo, se cansaron de luchar contra su propia ignorancia, declararon el caso único en la ciencia médica y se desinteresaron de él.

A partir de entonces, vivió serena la princesa, descubriendo más y más de aquel mundo sólo suyo, queriendo descubrir más y más.

Y en tanto acumulaba por dentro su tesoro, otro tesoro, por fuera, se formaba. Pues todos los años, desde que había nacido, su padre le daba un mismo, precioso regalo de cumpleaños. Era siempre igual la ceremonia. Las campanas del reino repicaban para festejar la fecha, el rey y la reina, acompañados de cortesanos, entraban a sus aposentos. Al lado del rey, un paje con un cojín de terciopelo color sangre. Y sobre el cojín, pequeña luna traslúcida y luminiscente, una perla, que el rey tomaba con dos dedos y, para admiración de la Corte, depositaba en la palma de la mano de su hija.

—Cuando cumplas quince años —decía cada vez, abrazándola—, mandaré hacer con ellas el más lindo collar del que jamás se haya tenido noticia.

Aprobaban sonrientes la reina y los cortesanos, imaginando el esplendor de la joya que sería hecha con las raras perlas de Oriente.

Terminada la ceremonia, cuando todos ya se habían retirado, la princesa guardaba su perla, junto con las otras, en una caja de caoba forrada en raso. Sin pensar más en ella hasta el siguiente cumpleaños.

Así, más de catorce años habían pasado.

Y era una mañana de invierno del decimoquinto año, cuando la princesa, que se calentaba las manos en el brasero, oyó un suave golpe en la ventana.

Silencio. Otro golpe seco, como si fuera una rama tocada por el viento. Pero no había árboles cerca de la ventana, y no venteaba. Y los golpes persistían.

La princesa fue hasta la ventana, la abrió. Antes de que sus manos comenzaran a palpar, un picotazo leve vino a su encuentro, plumas blandas las rozaron. Un ave que ella no sabría nombrar arrulló, pasó la cabecita contra sus dedos y comenzó a picotear el mármol del alféizar cubierto de nieve.

“¡Pobrecito!”, pensó la princesa. Con hambre en ese frío. Y sin tener nada que comer.

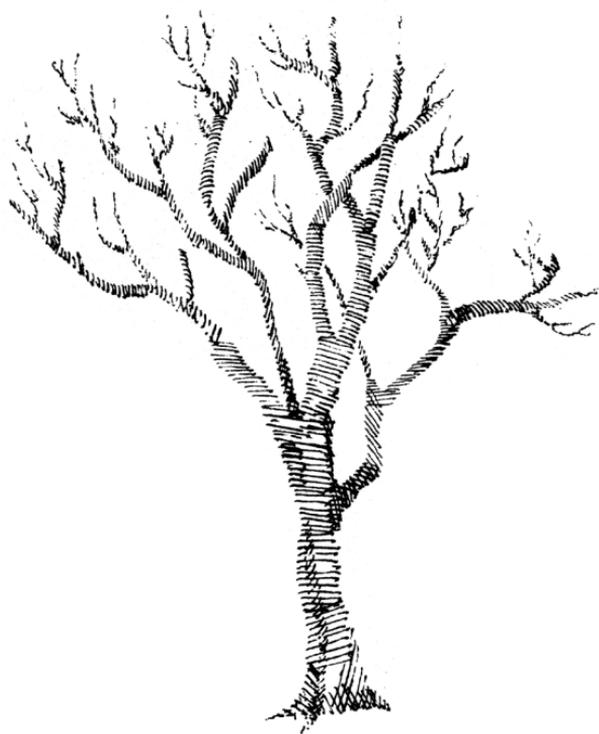
Se afligía, sin saber qué darle. Pero de repente, con gran alegría, se acordó de las perlas, todos aquellos granos que su padre le había dado.

Sin vacilar, fue hasta la caja de caoba, sacó una perla y, en la palma de la mano, así como la recibía de su padre, la ofreció al palomo.

Un toque del pico y el leve peso se fue de la palma. Enseguida, un rumor de alas y un súbito viento en el rostro dijeron a la princesa que su visitante también se había ido.

Sonriendo, cerró la ventana.

Pero pasados algunos días, una tarde en que el viento aullaba entre las rendijas, nuevamente los golpecitos en la ventana parecieron llamarla. Y ella recibió en sus manos a su dulce amigo y le dio a comer una perla, y entre un rumorear de plumas, él se fue.



Nevó, venteó. Volvió el silencio a cubrir el jardín. Y en el silencio, el pequeño pico golpeó los vidrios, la princesa sonrió feliz. Y toda la escena se repitió una vez más.

No fue la última. Durante aquel mes, y aun en el siguiente, el palomo visitó a la princesa. Cada vez se llevaba una perla. Cada vez se demoraba más.

De esa forma, la caja de caoba ya estaba vacía la mañana en que las campanas repicaron y la princesa recordó súbitamente que era su cumpleaños. No mucho después, el rey y la reina y los cortesanos entraron a sus aposentos. Sobre el cojín, una perla.

Pero esta vez, después de colocarla en la mano de su hija, el rey, en voz alta, le pidió las otras catorce, pues había llegado la hora de ordenar al orfebre real la elaboración del collar.

Se sobresaltó la princesa. ¿Cómo decirle a su padre, delante de todos, que ya no las tenía?

Cerrados los párpados sobre su secreto, mintió por primera vez. Que su padre volviera dentro de tres días, pues no recordaba dónde había guardado la caja de caoba y ciertamente demoraría en hallarla.

El padre, pensando en las limitaciones de su hija para encontrar los objetos, convino acongojado y salió con toda la Corte.

En cuanto quedó sola, la princesa abrió la ventana. Pero de nada le valió llamar. De nada le valió hacer sonar sus palmas. Ningún rumor de vuelo rompió el silencio.

Entonces, una lágrima rodó lenta bajo sus párpados cerrados, después otra, y otra. Calientes aún sobre las pestañas, las lágrimas se enfriaban de inmediato en el viento frío del invierno, descendían heladas por el rostro y se congelaban justo antes de alcanzar el alféizar.

Fueron las lágrimas congeladas lo que ella encontró al recorrer el mármol con los dedos. Pero las sintió tan redondas y lisas que las confundió con las perlas y, exultante de alegría, creyó que su amigo había devuelto los preciosos granos.

Cerró de prisa la ventana, guardó su hallazgo en la caja de caoba. Cuando su padre viniera, ya tendría algo que darle.

Pero tres días más tarde, cuando el rey recibió la caja, en ella no encontró nada aparte de un pequeño charco de agua que humedecía el raso.

¿Dónde estaban las perlas? Al borde de la furia, el padre exigía explicaciones. Y la princesa no tuvo otro recurso sino contarle cómo había recibido la visita de un ave, cómo esta arrullaba en el frío y cómo, para matar su hambre, le había dado, uno a uno, todos los granos.

¿Entonces ella no sabía el valor de aquellos granos?!, vociferó el rey, ya sin contener su indignación. Y no bien había salido de los aposentos cuando ya a los gritos llamaba al ministro para exigir que los arqueros reales cazaran el palomo. Daría un premio valioso a quien recuperara las catorce perlas.

Palomo, pensó la princesa al oír las órdenes de su padre, era ese el nombre de su amigo. Palomo que los arqueros buscarían para matar.

Se envolvió en un chal blanco de lana, abrió la puerta de vidrio que daba al jardín. Por primera vez, era necesario ver. Lentamente, sin miedo ni sorpresa, abrió los ojos. Frente a ella, todo era apenas una larga ondulación de nieve. Que deslumbraba, pero que en algún lugar albergaba un palomo.

Descendió los pocos escalones, empezó a caminar. Se detenía de vez en cuando, hacía sonar sus palmas. La nieve alta ahogaba sus llamados. Hundándose, tropezando, arrastrando faldas y chal, se alejó del palacio. Tal vez ahora ya estuviera en el campo. Pasó por una cerca de espinos. Más adelante, por algunos arbustos. Llegó a un pequeño bosque. Los árboles negros agitaban al viento sus ramas secas. Nuevamente la princesa hizo sonar sus palmas. Pero esta vez, un rumor que conocía se dejó oír. Y he aquí que entre lo negro y lo blanco, un bello palomo gris vino volando a posarse en su mano extendida.

A lo lejos, el arquero escondido detrás de un tronco vio la mancha gris moviéndose contra el fondo inmaculado. No vio la silueta de la princesa que, envuelta en el chal blanco, se confundía con la nieve.

Sacó una flecha de la aljaba, tensó la cuerda. El palomo posó sus patitas de lacre en los dedos que lo esperaban, batió

una vez más las alas para equilibrarse. Con silbo de serpiente, la flecha lo alcanzó.

Un estremecimiento, un volar de plumas y sangre, un rasgar de carnes. Atravesado el cuerpo gris, ni siquiera así se aplacó el hambre de la punta de hierro. Que avanzó aún más. Y fue a clavarse en el corazón de la princesa.

Se agitan al viento las negras ramas. Caída sobre la nieve, deshecho el capullo del chal, la princesa cierra lentamente los ojos que había demorado tanto en abrir. Pero de la herida en el pecho del palomo rueda una perla, después otra, otra más. Catorce perlas escurren como gotas sobre el albo cuello de la princesa. Y, preciosas, anidan alrededor de su garganta. Como un collar.

EN NOCHES DE LUNA LLENA

HUBO UN TIEMPO EN QUE LA LUNA ERA SÓLO LLENA, siempre redonda, visible, igual. Y en ese tiempo hubo una noche en que, mientras avanzaba por el cielo, se vio de repente reflejada allá abajo, en el agua quieta de un pozo. Se encontró tan linda, aun a la distancia, que quiso verse más de cerca. Se desvió de su camino, se aproximó, se inclinó al borde de la oscuridad, se inclinó más, hasta que... ¡¡¡tchibum!!!, sin saber ni cómo, cayó allá, al fondo.

La noche se hizo negra como nunca. Callaron los sapos, enmudecieron los grillos. Por primera vez prisionera, la luna fue obligada a esperar la llegada del día.

Y así, presa entre las paredes lamosas del pozo, el pastor la sorprendió cuando llegó a la mañana siguiente a dar de beber a sus ovejas. Al principio no lograba creerlo. Miró hacia el cielo, buscó entre las nubes. Sólo el sol brillaba. Volvió a mirar



hacia abajo. No había equivocación posible. Redonda y blanca, la luna parecía flotar en el agua como una yema en la clara.

¿Qué hacer para sacarla de allí? Despacio, cuidando de no golpearla, el pastor bajó el balde. Esperó que se hundiera, después lo balanceó suavemente, y comenzó a tirar de la cuerda. Intentaba pescar la luna, pero el balde era pequeño, el asa se atascaba, y la luna, mojada, se resbalaba como un pez. Una y otra vez, el pastor intentó, sin resultado. Cuanto más insistía, más nervioso se ponía. Cuanto más nervioso, más improbable la pesca.

Finalmente, desconsolado, se sentó. Alrededor, las ovejas pastaban, ajenas a sus esfuerzos. El sol ya había avanzado mucho. Cuando la tarde llegara a su fin, nada más se podría hacer. Y era necesario liberar a la luna para que iluminara la noche.

Entonces, como si la hubiera tenido siempre ahí, frente a sus narices, la idea más sencilla se le ocurrió.

Rodeó el pozo con los brazos, respiró hondo y tiró con tanta fuerza que, de un jalón, logró volcarlo boca abajo. El agua, toda, salió, oscura como un río. Y en medio del agua, la luna rodó sobre la hierba.

Rodó, rodó, paró junto al hocico de una oveja. Que, al verla tan blanca y lisa, de un solo bocado la engulló.

En vano el pastor sacudió a la oveja, en vano la levantó por las pezuñas traseras para obligarla a vomitar la luna. Lo que

ella había engullido, engullido lo guardó. Y el pastor no tuvo más remedio que juntar el rebaño y volver al corral.

Sin embargo, por la noche, trancada la puerta, apagado el farol, notó que el corral seguía iluminado. Era la oveja comilona que brillaba, la luz de su barriga le atravesaba la piel y la lana.

Ladraba el perro, se agitaban las otras ovejas. Con aquella luz, nadie lograría dormir. El pastor cargó a la oveja en el regazo, la llevó afuera. Y después de acomodarla sobre un poco de paja, volvió y trancó la puerta del corral, por fin oscuro. En el calor del rebaño, se dispuso a dormir.

Dormían todos profundamente cuando el lobo, que vagaba de noche en busca de comida, pasó por allí cerca. Y al ver una luz donde siempre había oscuridad, se aproximó poco a poco. Se escabulló detrás de un árbol, se deslizó detrás de un arbusto, casi se arrastró, hasta encontrar aquella oveja, más blanca que cualquier otra, durmiendo indefensa. Y de un salto, antes de que lograra despertar, la devoró.

Ahora, con la oveja y la luna en la barriga, el que brillaba era él. Pero, sin saberlo, seguro de estar protegido por la oscuridad, continuó sus andanzas. Y anda que anda, se aproximó a la aldea.

Más que el aullido, fue la extraña claridad lo que alertó al cazador. Hacía tiempo que escudriñaba los bosques detrás de aquel asesino de rebaños. Y he aquí que, de repente, lo tenía a su alcance. Levantó la escopeta. Por más que se escabullera,

el lobo bañado por la luz de la luna era un blanco fácil. De nada le sirvieron el tronco del árbol, las ramas del arbusto. Bastó un tiro. Y allá quedó, tendido cuan largo era, muerto.

La piel luminosa era un trofeo mucho mejor de lo que el cazador había esperado. Pero en cuanto rasgó la barriga del lobo con el cuchillo, la piel se apagó. La luna, una vez más, rodó blanca sobre la hierba.

Blanca, redonda y húmeda. Fue fácil para el cazador confundirla con un queso, e imaginando la alegría de sus cuatro hijas que dormían en casa, la guardó en su mochila.

Clareaba la mañana cuando el cazador depositó la luna sobre la mesa de la cocina. Hirvió la leche, partió el pan. Las niñas, todavía en camión, esperaban. Entonces tomó el cuchillo y cortó la luna en cuatro pedazos, de acuerdo con el tamaño y el hambre de cada una. La mayor recibió el pedazo más grande. El otro fue para la segunda. Uno más pequeño le correspondió a la tercera. Y la menor, que aún era muy chiquita, se quedó apenas con una fina tajada.

Comieron todo. No quedó nada en los platos. Y con sus pedazos de luna en el estómago, debajo de los camiones blancos, fueron a jugar fuera de la casa.

Jugaron aquel día, volvieron a jugar el día siguiente. No sabían que la noche, cansada de la oscuridad, había decidido llevar a la luna de vuelta.



El tercer día, las niñas jugaban a saltar la cuerda en la hierba, cuando un águila blanca descendió en círculos desde lo alto. Se abatió de súbito, clavó las garras en la ropa de la mayor, y se la llevó cargada hacia el cielo. Enseguida bajó una cigüeña blanca y, agitando sus grandes alas, agarró a la segunda con el pico y subió con ella hacia el azul. Y descendió una gaviota blanca a buscar a la tercera. Y una blanca paloma se llevó a la más chiquita de la trenza.

El águila voló, voló, voló. La garza voló, voló, voló. Y voló la gaviota. Y la paloma voló. Hasta llegar a la gran lona de la noche. Donde, luego de abrir garras y picos, depositaron a las hermanas.

Allí viven ellas hasta hoy, turnándose para iluminar la oscuridad. Hay noches en que la mayor permanece despierta mientras las otras duermen. Noches en que la vigilia corresponde a la pequeña, o a la del medio. E incluso noches en que todas duermen abrazadas y la única luz visible es la de las estrellas. Pero las noches más bonitas son aquellas en que las cuatro permanecen despiertas y, como aquel día distante, juegan a la rueda, girando tomadas de las manos en el cielo. Es cuando, desde aquí abajo, vemos la luna entera, redonda, llena. Como en tiempos antiguos.





MARINA COLASANTI

Nació en Asmara, Etiopía, en 1937. Posteriormente residió en Trípoli y se trasladó a Italia al inicio de la Segunda Guerra Mundial, para radicarse luego en Brasil, en 1948. Marina ha desempeñado un sinnúmero de oficios, siempre en la línea de la escritura y el periodismo: traductora, editora de revistas y suplementos culturales, presentadora y entrevistadora en programas de televisión cultural, y publicista. Ha escrito más de cuarenta libros entre cuentos, poesía, crónicas, relatos para niños y jóvenes, y ensayos periodísticos sobre un tópico que le apasiona: la cuestión femenina. Está casada con el poeta Affonso Romano de Sant'Anna y tiene dos hijas.



Libro al Viento

COLECCIÓN UNIVERSAL

Es de color naranja y en ella se agrupan todos los textos que tienen valor universal, que tienen cabida dentro de la tradición literaria sin distinción de fronteras o épocas

- | | | | |
|-----------|---|-----------|--|
| 1 | ANTÍGONA
<i>Sófocles</i> | 18 | ALGUNOS SONETOS
<i>William Shakespeare</i>
<i>De traducción: William Ospina</i> |
| 4 | CUENTOS
<i>Julio Cortázar</i> | 19 | EL ÁNGEL Y OTROS CUENTOS
<i>Tomás Carrasquilla</i> |
| 7 | EL GATO NEGRO Y OTROS CUENTOS
<i>Edgar Allan Poe</i>
<i>Traducción: Javier Escobar Isaza</i> | 20 | IVÁN EL IMBÉCIL
<i>León Tólstoi</i>
<i>De traducción: Margarita Catalina Valencia Vargas</i> |
| 8 | EL BESO Y OTROS CUENTOS
<i>Anton Chéjov</i>
<i>Traducción: Editorial Norma</i> | 21 | FÁBULAS E HISTORIAS
<i>León Tólstoi</i> |
| 9 | EL NIÑO YUNTERO
<i>Miguel Hernández</i> | 22 | LA VENTANA ABIERTA Y OTROS CUENTOS SORPRENDENTES
<i>León Tólstoi</i>
<i>De traducción: Margarita Catalina Valencia Vargas</i> |
| 11 | EL CURIOSO IMPERTINENTE Y UN ELOGIO A LA LECTURA
<i>Miguel de Cervantes</i> | 24 | SIMBAD EL MARINO
<i>Relatos de Las Mil y Una Noche</i> |
| 14 | LA CASA DE MAPUHI Y OTROS CUENTOS
<i>Jack London</i> | | |

- 25** LOS HIJOS DEL SOL
Eduardo Caballero Calderón
- 27** DR. JEKYL Y MR. HYDE
Robert Louis Stevenson
- 28** POEMAS COLOMBIANOS
Antología
- 29** TRES HISTORIAS
Guy de Maupassant
- 30** ESCUELA DE MUJERES
Molière
- 31** CUENTOS PARA NIÑOS
Anónimo
- 32** CUENTOS LATINOAMERICANOS I
Adolfo Bioy Casares, Carlos Fuentes, Juan Carlos Onetti
- 34** CUENTOS LATINOAMERICANOS II
Gabriel García Márquez, Juan Rulfo, Rubem Fonseca
- 35** BARTLEBY
Herman Melville
- 37** CUENTOS LATINOAMERICANOS III
Julio Ramón Ribeyro, Alfredo Bryce Echenique
- 38** CUENTOS LATINOAMERICANOS IV
José Donoso, Sergio Pitlor, Guillermo Cabrera Infante
- 41** CUENTOS LATINOAMERICANOS V
Mario Vargas Llosa, Felisberto Hernández, Salvador Garmendia
- 43** CANCIÓN DE NAVIDAD
Charles Dickens
- 44** MITOS DE CREACIÓN
Selección de Julio Paredes
- 46** MISA DE GALLOY OTROS CUENTOS
Joaquim Maria Machado de Assis
- 49** CUENTOS PARA RELEER
Horacio Quiroga, Katherine Mansfield, Italo Svevo, Rubén Darío, Leopoldo Lugones, José María Eça de Queirós
- 52** EL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS
Joseph Conrad
- 53** CUENTOS
Saki
- 54** CINCO RELATOS INSÓLITOS
H. P. Lovecraft
- 57** LA VIDA ES SUEÑO
Calderón de la Barca
- 58** POEMAS ILUMINADOS
*Santa Teresa de Jesús
Fray Luis de León
San Juan de la Cruz*

- 60** HISTORIAS CON MISTERIO
Ueda Akinari
- 61** CANTOS POPULARES DE MI TIERRA
Candelario Obeso
- 62** UNA CIUDAD FLOTANTE
Julio Verne
Traducción: Alejandra de Vengoechea
- 66** RELATOS EN MOVIMIENTO
Manuel Gutiérrez Nájera
- 67** HISTORIAS DE MUJERES
Luisa Valenzuela
- 68** TIERRA DE PROMISIÓN
José Eustasio Rivera
- 74** LA HISTORIA DE RASELAS, PRÍNCIPE DE ABISINIA
Samuel Johnson
De traducción: Diego García Sierra
- 75** ANACONDA Y OTROS CUENTOS
Horacio Quiroga
- 77** ESCRIBIR EN BOGOTÁ
Juan Gustavo Cobo Borda
- 78** EL PRIMER AMOR
Iván Turguéniev
- 81** ALGUNOS ESPECTROS ORIENTALES
Lafcadio Hearn
- 84** FICCIONES DESDE BRASIL
Varios autores
- 85** LAZARILLO DE TORMES
Anónimo
- 86** ¿SUEÑAN LOS ANDROIDES CON ALPACAS ELÉCTRICAS? ANTOLOGÍA DE CIENCIA FICCIÓN LATINOAMERICANA
Varios autores
- 90** QUILLAS, MÁSTILES Y VELAS. TEXTOS PORTUGUESES SOBRE EL MAR
José Maria Eça de Queirós
- 91** ONCE POETAS BRASILEROS
Varios autores
- 98** POESÍA SATÍRICA Y BURLESCA
Francisco de Quevedo
- 99** DIEZ CUENTOS PERUANOS
Varios autores
- 100** TRES CUENTOS Y UNA PROCLAMA
Gabriel García Márquez
- 102** DE MIS LIBROS
Álvaro Mutis
- 103** CARMILLA
Sheridan Le Fanu
- 107** TRES CUENTOS DE MACONDO Y UN DISCURSO
Gabriel García Márquez

- 108** CARTA SOBRE LOS CIEGOS
PARA USO DE LOS QUE VEN
Denis Diderot
- 110** 50 POEMAS DE AMOR
COLOMBIANOS
Varios autores
- 111** EL MATADERO
Esteban Echeverría
- 113** EL CASTILLO DE OTRANTO
Horace Walpole
- 116** ONCE POETAS
HOLANDESES
Varios autores
- 119** GUADALUPE AÑOS SIN
CUENTA
Teatro La Candelaria
- 120** PRELUDIO SEGUIDO DE LA
CASA DE MUÑECAS
Katherine Mansfield
De traducción: Erna von der Walde
- 121** SYLVIE, RECUERDOS DEL
VALOIS
Gérard de Nerval
De traducción: Mateo Cardona
- 122** ONCE POETAS FRANCESES
Varios autores
- 124** BODAS DE SANGRE
Federico García Lorca
- 127** LA HISTORIA DEL BUEN
VIEJO Y LA BELLA
SEÑORITA
Italo Svevo
- 128** LA MARQUESA DE O.
Heinrich von Kleist
- 132** ONCE POETAS
ARGENTINOS
Varios autores
- 135** EL HORLA
Guy de Maupassant
- 137** SHAKESPEARE, UNA
INDAGACIÓN SOBRE EL
PODER
Estanislao Zuleta
- 139** CUENTOS MÍTICOS DEL
SOL, LA AURORA Y LA NOCHE
Teófilo Braga
De traducción: Beatriz Peña trujillo
- 144** NOVELA DE AJEDREZ
Stefan Zweig
- 145** RELATOS DE FANTASMAS
Edith Wharton
- 146** AL AMPARO DEL BOSQUE
Varios autores
- 149** DIEZ CUENTOS DEL
DECAMERÓN
Giovanni Boccaccio

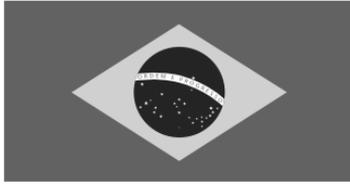
- 150** VIAJE ALREDEDOR DE MI
HABITACIÓN
Xavier de Maistre
- 153** UN CORAZÓN SENCILLO
Gustave Flaubert
- 159** UN AVE POSADA ALLÁ A
LO LEJOS
14 TEXTOS BREVES
Virginia Woolf
- 160** SEIS PERSONAJES EN
BUSCA DE AUTOR
Luigi Pirandello
- 161** VACÍO Y OTROS CUENTOS
Andrés Caicedo
- 164** POR FIN HA COMENZADO
EL FIN
*Eun Heekyung, Han Kang,
Jung Young Su,
Kim Kyung-uk y Lee Moon-jae*
- 165** IDEAS DE CANARIO
Joaquim Machado de Assis
- 169** EL HOMBRE QUE EL AGUA
SE LLEVÓ
Fabio Morábito
- 172** UN ARTISTA DEL HAMBRE
Franz Kafka

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo, permite que circule entre los demás lectores.

Escanea este código
e ingresa a la biblioteca digital,
donde tendrás a disposición
más de 100 de nuestros títulos.



BRASIL



Entre la espada y la rosa y fue editado por el Instituto Distrital de las Artes - Idartes para su Biblioteca Libro al Viento, bajo el número 176, y se imprimió en el mes de marzo del año 2024 en Bogotá.



176

“Mis cuentos de hadas son plantas de romero. Y si por un instante les falta la leche, sus hojas se secan y se refugian en el invierno. Pero yo espero y espero, cavando la tierra, porque sé de la primavera que me inunda cuando un día, de repente, comienzan a brotar de nuevo”.

Marina Colasanti



COLECCIÓN UNIVERSAL

**libro al
viento**

 **filbo**
Feria Internacional del Libro de Bogotá



INSTITUTO
DISTRITAL DE LAS ARTES
IDARTES

BOGOTÁ